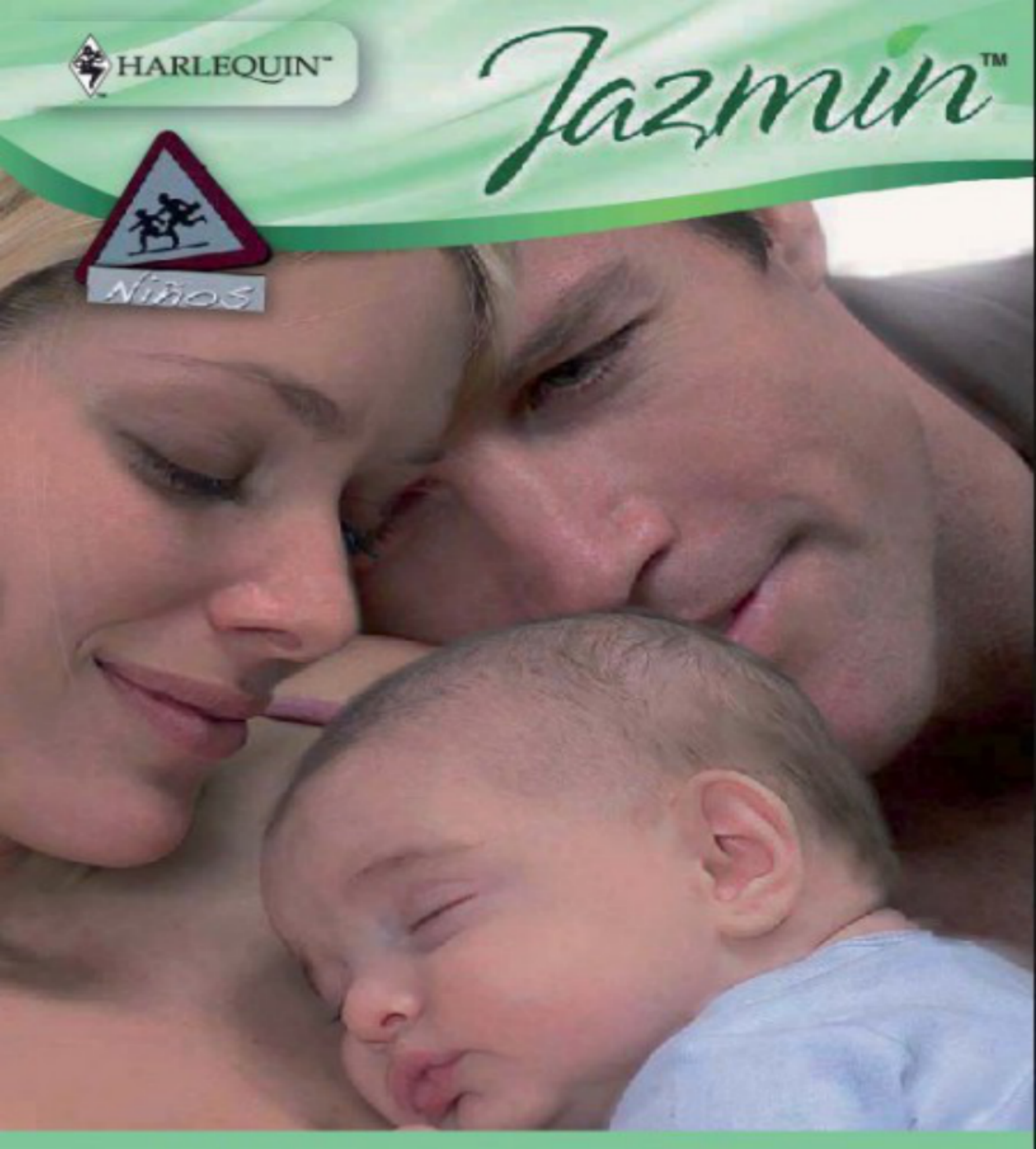


HARLEQUIN
Jazmín
Niños
El hijo de la dama de honor
BARBARA HANNAY

El hijo de la dama de honor
Barbara Hannay
2º Bebés y matrimonio

Argumento:

El padrino era el padre de su hijo

Encontrar al hombre ideal en la boda de una amiga era el sueño de muchas mujeres. Especialmente si había sido un antiguo amor. Lucy McKenty sabía que debería mostrarse prudente con Will Carruthers. Lo único que ella deseaba era casarse y formar una familia… y eso era justo lo contrario de lo que Will, siempre viajando de un sitio a otro, tenía en su agenda.

Envuelta en un torbellino de confeti y romance, Lucy se encontró en los brazos de Will… y descubrir que estaba embarazada la llenó de emoción. Pero ¿se quedaría Will el tiempo suficiente para conocer a su hijo?

Prólogo

Había una fiesta en pleno apogeo en la granja Tambaroora.

El jardín estaba iluminado con linternas de papel y las risas y voces alegres de gente joven se unían a la música que llegaba hasta el prado, donde triscaban silenciosas ovejas.

Will Carruthers se iba a ver mundo y su familia y sus amigos habían organizado una fiesta de despedida.

—¿Has visto a Lucy? —le preguntó Mattie Carey mientras llenaba su copa de vino.

—Sí, claro que la he visto —contestó él, buscando a su amiga con la mirada—. Estaba por aquí hace un minuto.

Mattie arrugó el ceño.

—Llevo mucho rato buscándola por todas partes, pero no la encuentro.

—Si la veo, se lo diré —sonrió Will, acercándose a otro invitado para servirle una copa.

Pero cuando completó el circuito del salón no había visto a Lucy McKenty y empezó a preocuparse. Ella no se marcharía de la fiesta sin decirle adiós. No, imposible, Lucy era su mejor amiga.

Will salió al porche y, cuando miró alrededor, vio una pareja que se parecía sospechosamente a su hermana Gina y a Tom Roberts besándose, pero ni rastro de Lucy.

Y tampoco estaba en la cocina.

Will se rascó la cabeza, mirando las botellas vacías y los platos con restos de comida en el fregadero. ¿Dónde podía estar?

Su hermano Josh entro entonces para tomar otra botella de champán de la nevera.

—¿Has visto a Lucy?

Josh se limitó a negar con la cabeza antes de volver con su última conquista.

Un movimiento en el porche trasero llamó la atención de Will. Fuera estaba oscuro, pero le pareció ver a una chica apoyada en una de las columnas, mirando el cielo.

—¿Lucy?

Ella se sobresaltó.

—Hola, Will.

—He estado buscándote por todas partes —dijo él, aliviado—. ¿Estás bien?

—Me dolía un poco la cabeza, así que he salido a tomar el aire.

—¿Y estás mejor?

—Sí, gracias. Mucho mejor.

Will apoyó una mano en la barandilla, mirando el oscuro prado.

Durante los últimos cuatro años habían estado juntos en la universidad de Sidney; dos amigos de Willowbank perdidos en un mar de extraños. Su amistad se había hecho más estrecha durante la vida de estudiantes, pero ahora esos años habían quedado atrás.

Lucy había vuelto a Willowbank para trabajar como veterinaria mientras Will, que había estudiado geología, se marchaba lo más lejos posible, al otro lado del mundo, ansioso de aventuras y nuevas experiencias.

—No vas a echar de menos Willowbank, ¿verdad?

Will rió.

—Lo dudo —respondió. Su hermano Josh se quedaría allí para ayudar a su padre a llevar Tambaroora. Era la tarea para la que Josh, como hermano mayor, estaba destinado y lo hacía con gusto. Pero Will quería escapar de allí—. Ojalá vinieras conmigo.

Lucy dejó escapar un suspiro.

—No empieces con eso.

—Lo siento —dijo él—. Pero es que no puedo entender por qué no quieres escapar de aquí.

—¿Y hacer de carabina para ti y Cara? Eso no sería muy divertido, ¿no te parece?

Se le había roto la voz y eso alarmó a Will.

—Seguro que conoceremos a mucha gente y harás amigos. Siempre te ha resultado fácil hacer amigos.

Lucy había llegado a Willowbank durante el último año de instituto y enseguida encontró sitio en la pandilla. Will y ella compartían el interés por la ciencia, de modo que se habían hecho amigos, amigos de verdad.

La miró ahora, a la luz de la luna, preciosa como un duende, con esos ojos azules tan brillantes, el pelo rubio corto y la piel tan clara.

Y, de repente, se le hizo un nudo en la garganta.

Cuando Lucy levantó la cara vio una lágrima temblar en sus pestañas y rodar por su mejilla.

—Patita… —Will utilizó el cariñoso apodo para hacerla reír—. No me digas que vas a echarme de menos.

—Pues claro que voy a echarte de menos —murmuró ella, girando la cabeza.

Sorprendido, alargó una mano para tocar su hombro. Su piel era como la seda y cuando la atrajo hacia sí le pareció muy pequeña. Y su pelo olía a flores…

Entonces, de repente, empezó a temblar con una emoción inesperada.

—Lucy —susurró.

Pero cuando ella volvió la cabeza, todo lo que hubiera podido decir se quedó en su garganta al ver las lágrimas rodando por su rostro.

El corazón de Will se comportaba de forma extraña mientras trazaba el camino de las lágrimas con un dedo. Y cuando rozó sus párpados mojados supo que tenía que besarla.

Era imposible tenerla tan cerca y no probar el sabor salado de esas lágrimas, la suavidad de su piel y por fin, la de su boca…

Pero fue Lucy quien lo besó. Fue ella quien buscó sus labios, dejándolo sorprendido.

Y, con la urgencia de una abeja descubriendo la miel más tentadora, Will la apretó contra su pecho apasionadamente.

¿Cómo podía estar pasando aquello?

¿Y dónde había aprendido Lucy a besar así?

Era tan dulce y tan apasionada a la vez que estaba encendido como nunca.

¿De verdad era aquella Lucy McKenty?, se preguntaba, con el corazón a punto de estallar dentro de su pecho.

—¿Lucy? —Mattie Carey la llamó desde el interior de la casa—. ¿Eres tú?

Will y Lucy se separaron a toda prisa y Mattie los miró, perpleja.

Y ellos se miraron, igualmente sorprendidos.

—Lo siento —murmuró Mattie, poniéndose colorada.

—No pasa nada —protestaron los dos al unísono.

—Sólo estábamos… —empezó a decir Will.

—Despidiéndonos —terminó Lucy la frase por él. Y luego soltó una carcajada. Era una risa forzada, pero consiguió que todos se relajaran un poco.

—Josh dice que tienes que dar un discurso.

—¿Un discurso? —repitió Will.

—De despedida —le aclaró Mattie.

—Ah, sí. Será mejor que diga algo ahora, antes de que todos estén demasiado borrachos.

Volvieron al interior de la casa y, con la velocidad de un sueño que desaparece al despertar, aquel momento en el porche se había evaporado.

La magia se había roto.

Todos se reunieron alrededor de Will y, mientras miraba el mar de caras a su alrededor, pensó en Cara, su novia, esperándolo en Sidney. Luego miró a Lucy y vio que había dejado de llorar.

Con una sonrisa en los labios, parecía la misma de siempre y se

dijo a sí mismo que no pasaba nada.

Estaba seguro de que había imaginado la magia de ese beso.

Capítulo 1

Había días en los que Lucy McKenty pensaba que se había equivocado de trabajo. Una mujer de más de treinta años con un reloj biológico que empezaba a dar la lata no debería dedicar gran parte de su tiempo a traer al mundo bebés preciosos.

Sí, bueno, los bebés que Lucy traía al mundo solían tener cuatro patas y una cola, pero eran casi tan preciosos como los bebés humanos. Y la hacían añorar un hijo; un niño sólo suyo al que querer para siempre.

Y ése era el anhelo que sentía en aquel momento, arrodillada sobre la paja del establo, al lado del ternero que acababa de ayudar a parir. El parto había sido difícil y habían hecho falta cuerdas y esfuerzo físico pero ahora, mientras acercaba el ternero a su agotada madre, sintió que se le encogía el corazón.

La vaca abrió los ojos y empezó a lamer a su retoño, lenta, metódicamente, y Lucy sonrió. Nunca se cansaría de presenciar ese milagro.

Unos minutos después, el recién nacido estaba ya empezando a levantarse, intentando mantenerse firme sobre sus delgadas patitas, tocando el costado de su madre con el hocico, urgiéndola a jugar con él.

Nada era más bello que la alegría de una nueva vida.

Salvo que aquella escena idílica le recordaba que ella tenía muy pocas posibilidades de convertirse en madre. Ya había sufrido un aborto espontáneo y el posterior tratamiento de fertilidad había fracasado. Estaba segura de que ya no le quedaba tiempo. Las mujeres de su familia entraban pronto en la menopausia y ella vivía con la sensación de que su reloj biológico estaba contando los meses, las semanas, los días y las horas.

Tic, tac, tic, tac.

Tragando saliva, se levantó y estiró los músculos que se habían agarrotado mientras ayudaba a nacer al ternero.

—¿Qué hora es? —le preguntó a Jock Evans, el granjero que la había llamado horas antes.

En lugar de mirar el reloj, Jock se volvió hacia la puerta del establo y miró el cielo.

—Creo que pasadas las cinco.

—¿Ya? —Lucy se acercó a la esquina del establo, donde había dejado su reloj, y comprobó que estaba en lo cierto—. Pero tengo que estar en el ensayo de una boda a las cinco y media…

—¿No me digas que vas a casarte? —exclamó Jock.

—¿Yo? No, qué va —rió ella, quitándose los guantes de goma—. La

afortunada es Mattie Carey. Yo sólo soy una de las damas de honor.

«Otra vez», pensó.

El granjero no intentó disimular su alivio.

—Me alegro de que ningún hombre te haya echado el lazo. El distrito de Willow Creek no podría estar sin ti.

—Bueno, por lo visto no hay muchas posibilidades de que eso ocurra.

—La gente de por aquí dice que eres la mejor veterinaria que hemos tenido nunca.

—Gracias, Jock —Lucy sonreía, pero cuando entró en el servicio para lavarse las manos, la sonrisa desapareció.

Le gustaba su trabajo y había tenido que esforzarse mucho para que los granjeros de la zona confiasen del todo en ella. Ahora que por fin se había ganado su admiración y su respeto sabía que debería sentirse contenta, pero últimamente el trabajo no la satisfacía como antes.

¡Y, desde luego, no quería estar casada con él!

Para Will Carruthers, volver a Willowbank siempre era como volver atrás en el tiempo. En diez años, el tranquilo pueblo de su infancia apenas había cambiado.

En la calle principal seguía estando el banco, el ayuntamiento, la oficina de correos, la barbería, las tiendas y restaurantes… todo exactamente igual que cuando se marchó.

Pero cuando empujó la verja que llevaba a la iglesia, donde al día siguiente sería testigo en la boda de su mejor amigo, no podía dejar de pensar que esa sensación de que el tiempo se había detenido era una ilusión.

Los edificios y el paisaje podían ser los mismos, pero la gente que vivía allí había cambiado. Todos los que le importaban habían cambiado mucho.

Y eso era lo curioso. Will se había marchado de Willowbank deseando quitarse el polvo de las zapatillas y abrirse camino en el mundo. Había atravesado el globo más veces de las que recordaba pero ahora, en cierto modo, se sentía como el que se había quedado atrás.

En el interior de la iglesia se oía el llanto de un niño, una clara señal de los cambios. Su hermana Gina apareció en la puerta con un niño de pelo rojo en brazos y, al ver a su hermano, esbozó una sonrisa.

—Cuánto me alegro de que hayas venido —le dijo, pasándole el brazo libre por los hombros—. Oye, ¿he encogido yo o tú has crecido?

—A lo mejor estás encogiendo por el peso de la maternidad —rió él, dándole un beso en la mejilla—. No, lo retiro. Creo que nunca te había visto más guapa y más feliz.

—Muchas gracias —rió ella—. Es asombroso, ¿verdad?

—Y este pequeñajo debe de ser Jasper —dijo Will, acariciando la mejilla del niño, tan parecido a su padre—. ¿Cómo estás, Jasper?

El niño dejó de llorar, mirando a Will con sus enormes ojos azules llenos de lágrimas.

—Ah, ¿lo ves? Ya sabía yo que serías un tío fabuloso.

Él rió para ocultar una inesperada ola de emoción. El niño de Gina era guapísimo; su piel tan suave, tan perfecta. Tenía hoyitos en las manitas y hasta en las rodillas. Y, aunque sólo tenía cuatro meses, era innegablemente fornido y masculino.

—El pequeñajo es estupendo.

—¿No has pensado nunca tener uno propio, Will?

—Los dos sabemos que no paro de viajar de un lado a otro —respondió él, mirando una vidriera y recordando otra iglesia en Canadá donde unos días antes había acudido al funeral de un colega. Aún podía ver el rostro de su hijo de diez años, el brillo de sus ojos mientras se enfrentaba valientemente con la congregación para decir lo orgulloso que estaba de su papá.

Pero si pensaba en esa relación padre-hijo ahora acabaría emocionándose y no quería hacerlo.

Buscando una distracción, Will miró a un grupo de gente que charlaba en la puerta de la iglesia.

—Espero no haber llegado tarde. El ensayo aún no ha empezado, ¿verdad?

—No, no te preocupes. ¡Chicos, ha llegado Will!

Al verlo, todos corrieron a abrazarlo y a Will se le hizo un nudo en la garganta.

Qué alegría volver a verlos a todos. Tom, el marido de Gina, sonreía como el gato del cuento mientras sujetaba a Mia, su hija, la melliza de Jasper.

Mattie, la novia, parecía increíblemente feliz con el brazo del novio sobre sus hombros.

Mattie iba a casarse con Jake Devlin y Will aún no podía creerlo. Habían trabajado juntos en una mina en Mongolia y enseguida se habían hecho amigos, pero Will podría haber jurado que Jake no era de los que se casaban.

Nadie se había quedado más sorprendido que Jake, famoso rompecorazones, cuando se enamoró de Mattie Carey.

Pero una sola mirada a su expresión le dijo que era feliz. Su amigo

nunca había parecido más relajado, más en paz consigo mismo.

En cuanto a Mattie, Will la conocía de toda la vida, pero ahora parecía… bueno, sólo había una palabra: transformada.

Radiante y preciosa no podía describirla del todo bien.

No había ni la menor señal de que hubiera dado a luz recientemente a sus sobrinos, los hijos de Gina y Tom. Mattie, la mujer más generosa del mundo, había sido una madre de alquiler en un acuerdo que había hecho feliz a todos los que participaron en él. Y no sólo estaba delgada de nuevo, sino que había adquirido una seguridad que se le notaba en los ojos, en su manera de moverse.

Todo eso notó Will mientras sus amigos lo abrazaban.

—Cuánto me alegro de que hayas venido —dijo Jake, dándole una palmadita en la espalda.

—No me lo habría perdido por nada del mundo. Daría dinero por verte dando el «sí, quiero» mañana.

—Estamos esperando al pastor y a su mujer —dijo Mattie—. Y a Lucy, claro.

Lucy.

Hacía siglos que no la veía y nunca le había gustado cómo se despidieron. Aunque entonces le había parecido necesario.

—¿Lucy viene al ensayo?

—Sí, claro —asintió Mattie—. ¿No lo sabías? Lucy es una de mis damas de honor.

—Pensé que lo era Gina.

—Técnicamente, yo soy la matrona de honor porque ahora soy mama —rió su hermana—. Lucy es la dama de honor y tú eres testigo junto con Tom porque el primo de Jake no ha podido venir.

—Ah, ya veo.

Era lógico. Debería haber imaginado que Mattie le pediría a Lucy que fuera su dama de honor porque era un miembro vital de la pandilla.

Y tenía ganas de verla, aunque su relación hubiera sido complicada desde que el hermano de Will murió ocho años antes.

Pero le sorprendió que su corazón se acelerase al pensar en ella.

Lucy se miró en el espejo retrovisor mientras se dirigía al pueblo a toda velocidad. Y, horrorizada, comprobó que no estaba presentable en absoluto. Se había lavado un poco después de ayudar a parir a la vaca, pero no podía estar segura de que su pelo y su ropa estuvieran completamente libres de paja y barro.

Conduciendo con una sola mano, intentó arreglarse un poco el pelo

con la otra…

No iba maquillada y, si no pisaba el acelerador, llegaría tarde al ensayo, de modo que no tenía tiempo de pasar por su casa. Aunque daba igual, la boda era al día siguiente.

Pero Will Carruthers estaría en el ensayo.

Iba a ser testigo en la boda.

¿Y por qué le importaba después de tanto tiempo? Lo que había sentido por Will era historia, agua pasada. Sencillamente era un viejo amigo con el que casi había perdido el contacto.

Al menos eso era lo que llevaba tres meses diciéndose a sí misma, desde que Mattie anunció su compromiso con Jake Devlin. Pero cuando estaba llegando al pueblo, su cuerpo empezó a decir otra cosa.

Una sola mirada a la iglesia y a la vieja camioneta de los Carruthers aparcada en la puerta y su corazón se volvió loco. Tanto que tuvo que sujetar el volante con las dos manos.

Pero aquello era absurdo. Le habían dicho que Will llegaría a Willowbank doce semanas antes. ¿Por qué había esperado hasta el último momento para ponerse histérica?

Lucy aparcó su camioneta, respiró profundamente y cerró los ojos un momento, regañándose a sí misma.

Podía hacerlo, se dijo, entraría en la iglesia con una sonrisa en los labios. No podía hacer nada sobre su aspecto, pero nadie tenía por qué saber lo que le pasaba por dentro.

Preferiría morirse antes de demostrar los celos que sentía de Mattie por haber conquistado a un hombre tan estupendo como Jake Devlin. Y no se moriría de envida cuando tuviera en sus brazos a Jasper y Mia, los hijos de Gina.

Y, sobre todo, saludaría a Will tranquilamente.

Incluso le daría un beso en la mejilla. Después de todo, si Josh no hubiera muerto en un accidente, ahora sería su cuñada.

Muy bien.

Sólo llegaba unos minutos tarde, de modo que se detuvo un momento para comprobar que llevaba la camisa metida bajo el pantalón caqui. Sus botas estaban cubiertas de polvo, así que las limpió rápidamente frotándolas contra la pernera del pantalón. Pero no había señales visibles del establo, afortunadamente.

Sintiéndose casi como un soldado yendo a la batalla, Lucy no esperó un segundo más y entró en la iglesia con una alegre sonrisa en los labios, disculpándose por llegar tarde…

Y enseguida vio a Will, charlando con Jake. Subrepticiamente, lo devoró con la mirada: el pelo castaño, la piel bronceada, las arruguitas que se formaban alrededor de sus ojos y su boca cuando sonreía…

Y por si eso no fuera suficiente para acelerar los latidos de su corazón, tenía a Mia, con un vestidito rosa, durmiendo en sus brazos.

¿Habría mejor sitio en el mundo para un bebé?

La niña diminuta y el hombre alto formaban una imagen que había aparecido en sus sueños más secretos y verla en directo la dejó sin aire.

Pero, no sabía cómo, consiguió atravesar el pasillo.

—¡Lucy! —la llamó Mattie—. Estaba a punto de llamarte.

—Siento llegar tarde, pero vengo de trabajar —le sorprendía que su voz sonase tan calmada cuando no podía dejar de mirar a Will, que se había vuelto rápidamente al oír su voz.

Y cuando sus ojos se encontraron, Lucy sintió como si el mundo se detuviera.

Afortunadamente, nadie más parecía haberse dado cuenta.

—No te preocupes —dijo Mattie—. No llevamos mucho tiempo aquí. Estaba repasando la música con el organista.

Todo parecía tan normal, tan relajado. Y también lo parecía Will mientras la saludaba. El roce de sus labios en la mejilla la quemó, pero él parecía totalmente sereno.

Incluso ligeramente divertido.

—Encantado de volver a verte.

Un minuto después, la mujer del pastor y su hija se encargaron de los niños mientras todos ocupaban sus puestos para el ensayo.

Will llevaría a Gina del brazo. Lucy iría con Tom. Por el momento, ningún problema. Al menos no tenía que ir del brazo de Will hasta el altar.

Había sido dama de honor dos veces, de modo que sabía lo que tenía que hacer, pero el pastor estaba interesado en explicar cada paso y el ensayo le pareció interminable.

Afortunadamente, eso sirvió para que pudiera calmarse un poco. Aquella boda iba a ser sencillísima, no había por qué preocuparse.

Además, no debería estar pensando en sí misma.

El día siguiente sería el gran día de su amiga y ella, como los demás habitantes de Willowbank, adoraba a la generosa Mattie Carey. Seguramente todo el pueblo aparecería por allí para verla casándose con el hombre de sus sueños y no quería que un solo pensamiento triste estropease la fiesta.

Cuando el ensayo terminó ya había anochecido y la luna colgaba sobre el reloj de la torre. El grupo se dispersó rápidamente. Gina y Tom querían irse a casa para meter a los niños en la cuna y los novios tenían una cena que había organizado la familia de Mattie.

Y Lucy quería volver a casa con sus chicos, como solía llamar a sus

perros. El *setter* irlandés y el *border collie* se llevaban bien, pero si estaba fuera de casa mucho tiempo, se ponían frenéticos.

Estaba sacando del bolsillo las llaves de la camioneta cuando alguien le dio un golpecito en el hombro. Y, al girar la cabeza, se encontró atrapada en la sonrisa de Will Carruthers, como un animalillo asustado por los faros de un coche.

—Apenas hemos podido hablar —dijo él—. No te he preguntado cómo estás.

Lucy tragó saliva.

—Bien… bien —se alegraba de que la oscuridad ocultase su rostro porque debía de haberse puesto colorada—. Gracias. ¿Tú cómo estás, Will?

—Bien también —respondió él, metiendo las manos en los bolsillos del pantalón vaquero. Era tan alto, tan guapo.

—¿Sigues trabajando en Mongolia?

—No, ya no. Estuve allí mucho tiempo y decidí que era hora de cambiar. Ahora estoy buscando otro proyecto.

La noticia no sorprendió a Lucy porque, después de tantos años, se había acostumbrado a la ausencia de Will. Cuando estaba fuera de Willowbank casi podía olvidarse de él. Casi.

—Gina me ha dicho que has comprado una casa —dijo él entonces.

—Sí, compré la de los Finnegan, en Wicker Lane. Sería el sueño de cualquier decorador porque hay que renovarla de arriba bajo.

—Pero a ti siempre te han gustado los retos.

Lucy no sabía bien a qué se refería; tal vez a que estudiaba mucho cuando estaban juntos en la universidad. O tal vez era una referencia a que una vez estuvo prometida con su hermano, que era un famoso rompecorazones.

—Aún no he podido hacer muchas reformas, pero al menos tengo sitio para mi clínica y un jardín enorme para mis perros.

—¿Cuántos perros tienes ahora?

Ella parpadeó, sorprendida.

—Sigo teniendo dos.

—*Seamus* y *Harry*.

—Eso es.

Lucy no sabía qué decir. Si hubiera sido otro amigo, lo habría invitado a tomar un café en su casa, pero su historia con Will era… complicada. Para empezar, nunca había podido olvidarse de él. Aunque ésa no era su única preocupación. Ochos años antes había cometido el terrible error de prometerse con su hermano…

Pero aquél no era el momento de recordar ese episodio.

En la oscuridad sonó el grito de un zarapito y, casi como si fuera

una señal Will dio un paso atrás.

—Bueno, imagino que nos veremos mañana.

—Yo diría que no vas a poder evitarlo.

¿Por qué había dicho eso? Sonaba tan arrogante… para compensar, añadió:

—Me alegro muchísimo por Mattie. Jake parece una persona estupenda.

—Es un tipo genial, sí. Y Mattie ha conseguido robarle el corazón cuando muchas otras han fracasado.

—Jake la adora.

—Sí, lo sé, está loco por ella —de repente, Will parecía incómodo.

—Se hace tarde —Lucy carraspeó para aclararse la garganta—. Será mejor que te vayas, imagino que tu madre os estará esperando.

—Eso suena como una frase del instituto.

—Lo siento —murmuró Lucy.

Will ya se dirigía a su camioneta, pero antes de subir se volvió para despedirse con la mano y ella le devolvió el saludo.

Recordaba las veces que habían ido en la vieja camioneta de los Carruthers, saltando sobre prados y carreteras vecinales, para buscar pepitas de oro en el río. En otras ocasiones, ella le pedía que la ayudase a buscar una nueva especie de pez…

Entonces eran muy amigos, pero esos días, cuando Lucy acababa de mudarse a Willowbank tras el divorcio de sus padres, le parecían una eternidad atrás.

Entonces tenía dieciséis años y era una época terrible en la que estaba enfadada con todo el mundo. Enfadada con su madre por haberse enamorado de su jefe, enfadada con su padre por haber dejado que eso ocurriera, enfadada con los dos por dejar que su matrimonio se desintegrase.

Pero, sobre todo, estaba enfadada por tener que irse de Sidney a Willowbank. Detestaba dejar atrás su colegio y sus amigos para vegetar en un aburrido pueblo.

Pero entonces había conocido a Will, Gina, Tom y Mattie y ese círculo de amigos le demostró que la vida en un pueblo podía ser tan emocionante como la vida en la ciudad.

Muy bien, tal vez su amor por Willowbank tenía mucho que ver con sus sentimientos por Will, pero al menos nadie sabía cuánto le gustaba. Lucy había esperado pacientemente que él se diera cuenta y, como no se daba cuenta, decidió tomar cartas en el asunto… con un resultado desastroso.

Pero había sido así, de modo que no servía de nada pensar en ello ahora.

A pesar de todo, Lucy tenía que hacer un esfuerzo para controlar las lágrimas. Y cuando salía del pueblo se sintió bombardeada por unos recuerdos agridulces que la hacían sentir más sola que nunca.

Capítulo 2

El impacto de la explosión lo hizo salir volando, lanzado al suelo como un muñeco de trapo…

Will despertó con el corazón acelerado, agarrándose al embozo de las sábanas.

¿Las sábanas?

Al principio no sabía que aquél era el dormitorio de su infancia, pero luego, poco a poco, se dio cuenta de dónde estaba.

Aquello no era Mongolia.

Estaba a salvo.

Le gustaría que todo hubiera sido una pesadilla, pero desgraciadamente no era así. Estaba haciendo una prospección en una mina abandonada cuando explotó sin aviso. Él había salvado la vida de milagro, pero sus dos compañeros habían muerto.

Esa era la terrible realidad. Will había estado en el funeral de Barney y Keith, uno en Brisbane, el otro en Otawa.

Había sido horrible tener que sentarse en esas dos iglesias, escuchando los elogios y preguntándose por qué él había salido ileso y sus dos amigos habían muerto.

Pero allí estaba ahora, en Tambaroora.

Donde nunca cambiaba nada.

Guiñando los ojos, Will podía ver la estantería que aún contenía sus libros de física y química, los trofeos de las competiciones de natación… incluso una foto con su hermano Josh seguía sobre la cómoda: Will montado en un patético triciclo para el que ya era demasiado grande mientras Josh, alto y fuerte, estaba subido en su primera bicicleta.

Will se dio la vuelta para no ver la imagen. No quería recordar que su hermano le había ganado en todo lo que era importante en la vida. No contento con monopolizar el afecto de su padre, también se había quedado con Tambaroora y había conquistado el corazón de su mejor amiga.

Y él lo habría aceptado si Josh se hubiera portado bien con Lucy.

Un involuntario suspiro escapó de su garganta.

Lucy.

Verla de nuevo lo había intranquilizado.

Cuando cerraba los ojos podía ver la luna brillando en su pelo a la puerta de la iglesia. Podía oír su voz, tan suave…

Había querido hablarle del accidente, necesitaba hablar de ello.

No se lo había contado a su familia porque sabía que su madre se llevaría un disgusto. Jessie Carruthers ya había perdido un hijo y no tenía por qué saber que el que le quedaba había estado al borde de la

muerte.

Podría haber hablado con Jake, por supuesto. Habían trabajado juntos en la mina de Mongolia y Jake habría entendido su angustia, pero no quería estropearle su boda.

No, era con Lucy con quien le hubiera gustado hablar. En el pasado, solían hablar durante horas por las noches. Cuando eran estudiantes solían enredarse en largas y profundas conversaciones.

Sí, podría haberle contado a Lucy lo que había aprendido en esos funerales.

Pero seguramente era una tontería pensar que podrían recuperar la amistad que tuvieron cuando eran estudiantes.

Después de tanto tiempo, los dos habían cambiado.

¿De verdad habían pasado ocho años?, se preguntó. Aún recordaba la sorpresa que sintió aquel día de diciembre, cuando recibió la noticia de que Lucy y su hermano estaban prometidos. Había tomado el primer avión de vuelta a casa…

Will apartó la sabana y se levantó de la cama, desesperado por olvidar la sensación de culpa y rabia que siempre acompañaba a sus recuerdos de ese terrible verano.

Sabía que era irracional por su parte enfadarse con Josh por salir con Lucy. Lucy y él nunca habían sido novios, sólo amigos. Él se había ido al otro lado del mundo con Cara Howard y, aunque su relación no había durado, se había distraído con su nuevo mundo, nuevas caras, nuevas aventuras.

Había dejado que la vida lo llevase de la mano, contento de vivir aventuras porque eso era más fácil que sentar la cabeza.

La noticia de que Josh iba a casarse con Lucy no debería haberlo disgustado, pero tal vez habría sido más fácil si Lucy hubiera decidido casarse con un extraño. Porque siempre le pareció que Josh había dado el paso sólo para demostrarle a su hermano pequeño que él podía tener todo lo que quisiera.

Desgraciadamente, Will había elegido el peor momento para decirle lo que pensaba.

Nunca, hasta el final de sus días, olvidaría esa discusión en la pista de aterrizaje o la cabezonería de Josh o esa avioneta cayendo del cielo como una hoja arrancada de un árbol.

Y si sólo hubiera sido eso…

Fue Gina quien le contó que el pesar por la muerte de Josh había provocado que Lucy perdiese el niño que estaba esperando.

Will no dejaba de hacerse preguntas; preguntas que no tenía derecho a hacerse. ¿Qué había sido primero, el compromiso o el embarazo? ¿De verdad Josh había querido a Lucy?

Una semana después del funeral había intentado hablar con ella, pero el doctor McKenty, muy protector con su hija, se lo había impedido.

De modo que las únicas certezas que le quedaban eran la muerte de Josh y el aborto de Lucy. Y era muy fácil culparse de ambas cosas.

Para compensar, había decidido quedarse en Tambaroora tras la muerte de su hermano, pero él no podía reemplazar a Josh a ojos de su padre y pronto se dio cuenta de que aquél ya no era su sitio.

Para Will, lo más lógico había sido marcharse otra vez. Con el tiempo había aprendido a dejar de pensar en ello, pero no podía alejarse de su familia y siempre habría momentos, como aquél, en los que los recuerdos volvían para perseguirlo.

Lucy soñó con Will.

En su sueño, estaban otra vez en la universidad de Sídney y se encontraban en la cafetería para comparar notas sobre un examen de química.

Era una escena increíblemente sencilla, muy agradable. Will y ella habían sido inseparables entonces y en su sueño estaban sentados en el patio de la cafetería, charlando y riendo, hablando del resultado de sus últimos experimentos.

Pero cuando llegó el momento de separarse para ir a sus respectivas clases, Lucy anunció tranquilamente, como si fuera algo normal:

—Ah, por cierto, estoy embarazada.

Will esbozó una sonrisa y ella se echó en sus brazos, sabiendo que el embarazo era una expresión natural de su amor.

Se sentía protegida entre sus brazos, feliz, en paz, como si todo en el mundo fuera perfecto.

Cuando despertó mantuvo los ojos cerrados durante largo rato, disfrutando mientras podía del sueño, agarrándose a la fantasía imposible de que estaba embarazada.

Mejor que eso, embarazada de Will. No de su hermano.

El sueño se esfumó con el sol que entraba por la ventana y Lucy tuvo que levantarse.

La realidad había asomado su fea cabeza. Ese sueño otra vez. Era un sueño estúpido.

En realidad, era una pesadilla constante, tan alejada de su vida real que siempre se sentía enferma al despertar. Y no le gustaba que su inconsciente pudiera, después de tanto tiempo, seguir haciéndole esas jugarretas.

En realidad, nunca había sido lo bastante valiente como para dejar que su amistad con Will se convirtiera en otra cosa. En la universidad había visto a muchas chicas enamorarse de él; lo había visto salir con ellas y dejarlas después y había decidido que lo mejor era seguir siendo su mejor amiga.

Como novia corría el riesgo de perderlo para siempre y eso era algo que no podría soportar. No, era mejor seguir siendo amigos.

O eso había pensado.

Su plan tenía serios fallos y, sin duda, ésa era la razón por la que Will seguía apareciendo en sus sueños.

Pero ahora, mientras saltaba de la cama, supo que era hora de despertar a realidades más importantes. No era una mañana cualquiera, era el día de la boda de Mattie.

Un día para citas, manicuras, peluquerías, para ayudar a Mattie con el vestido y hacerse fotografías con una sonrisa en los labios. Tenía que ser un día perfecto para su amiga.

Olvídate de tonterías, Lucy.

Dejando escapar un suspiro, se acercó a la ventana. Hacía un día precioso, con un cielo sin nubes y un sol radiante.

Se acabaron los tontos anhelos, pensó, sonriendo. Se acabaron los pensamientos tristes.

Un cielo tan azul tenía que ser una buena señal.

En Willowbank todo el mundo iba de un lado a otro.

Con la ayuda de amigos y parientes, la madre de Mattie había logrado reunir toneladas de petunias blancas en tiestos, cubos y hasta carretillas.

Lucy ayudó a colocar estratégicamente las flores en la iglesia y en el salón en el que tendría lugar el banquete. Y el efecto era espectacular.

La mañana pasó a toda velocidad. Primero, se encontró con Mattie y Gina en la peluquería para arreglarse el pelo y hacerse la manicura y luego, juntas, fueron a casa de Mattie a comer porque su tía había hecho una comida especial.

Durante el almuerzo, el teléfono no dejaba de sonar. La madre de Gina, que se estaba encargando de los mellizos, llamó para decir que los niños habían comido y estaban durmiendo. Enfermeras del hospital de Sídney donde Mattie dio a luz llamaban para darle la enhorabuena, el director del *catering* tenía mil preguntas que hacer sobre la posición de la tarta nupcial en la mesa…

Lucy admiraba la tranquilidad de Mattie. Era la novia más serena

de la historia. Nada le molestaba y nada turbaba su alegría. Mattie siempre había sido un encanto de persona, pero nunca la había visto tan relajada y tan feliz como aquel día.

Debía de ser el amor, pensó Lucy, deseando que fuera algo contagioso.

Poco después de comer empezó la emoción de verdad, cuando de la floristería llegaron cajas refrigeradas llenas de preciosos ramos. Luego llegó el momento de maquillarse, riendo mientras hacían turnos frente al espejo de Mattie, el mismo en el que años antes Lucy había experimentado por primera vez con las barras de labios de su madre mientras hablaban de chicos.

Entonces, siendo un poco mayor y una chica de ciudad, había sido considerado la más sabia. Las otras chicas le pedían consejo y la respetaban más que a ninguna.

Ahora las cosas eran al revés. Gina estaba casada y tenía dos hijos y Mattie estaba a punto de casarse con Jake, mientras ella…

¡No! No iba a tolerar un solo pensamiento negativo aquel día.

Después de maquillarse, Gina y Lucy se pusieron sus vestidos de damas de honor, que eran preciosos. La tela, de color rosa pálido, le quedaba tan bien a Gina, con su pelo oscuro y su complexión cetrina, como a Lucy, que era rubia y de piel blanca.

Y tuvieron tiempo de ayudar a Mattie a abrochar docenas de botoncitos forrados de satén y a ponerse el velo para lanzar luego exclamaciones cuando vieron lo guapísima que estaba con su vestido de novia.

—Estás preciosa… —susurró Lucy.

—Estás tan guapa que Jake se pondrá a llorar en cuanto te vea —dijo Gina.

—Por favor, no digas eso —murmuró Mattie—. Me vais hacer llorar a mí.

—Y a mí —afirmó Lucy, parpadeando para evitar que se le corriera la máscara de pestañas.

Las bodas eran celebraciones tan emotivas. Y aquel día Will estaría allí, guapísimo con su esmoquin. ¿Cómo iba a poder soportar las próximas horas?

Con esmoquin, corbatas grises y flores de color naranja en la solapa. Jake, Will y Tom estaban en el refectorio, esperando que llegase el momento para colocarse en sus puestos.

Will se tocó el bolsillo de la chaqueta.

—Las alianzas están a salvo.

Jake sonrió, poniendo una mano en su hombro.

—Es la tercera vez que lo compruebas en cinco minutos. Relájate, hombre, no van a salir corriendo.

—Se supone que es Jake quien debería estar nervioso —rió Tom.

Will intentó sonreír.

—Lo siento, no sé qué me pasa. ¿De verdad no estás nervioso, Jake?

—¿Por qué iba a estarlo?

—Porque vas a casarte —Will desearía que su voz no sonara tan ronca. Aquella noche en blanco empezaba a afectarlo, pensó—. Lo lógico es que el novio esté nervioso.

—Pero yo voy a casarme con Mattie —dijo Jake sencillamente, como si eso lo explicara todo. Y su sonrisa dejaba patente que se sentía el hombre más afortunado de la tierra.

Will deseó entonces experimentar una fracción de la felicidad de su amigo.

—¿Dónde pensáis ir de luna de miel?

—Es una sorpresa para Mattie, pero os lo diré a vosotros —Jake bajó la voz—. Voy a llevarla a Italia. Nunca ha salido de Australia, así que vamos a Venecia, al lago Como y a la costa de Amalfi.

—¡Madre mía! —exclamó Tom—. Lo vais a pasar en grande.

Jake asintió, contento, pero antes de que pudiera decir nada más el pastor apareció en la puerta y les hizo un guiño.

—¿Podrían venir por aquí, señores?

Will sintió un escalofrío. ¿Qué le pasaba? Cualquiera diría que era él quien iba a casarse.

Cuando entraron en la iglesia comprobó que se había producido una transformación increíble.

No sólo estaba abarrotada de gente, todo Willowbank ataviado con sus mejores galas, sino que había flores y cintas blancas por todas partes: en los bancos, alrededor de las columnas, en jarrones grandes y pequeños.

Y el organista estaba tocando una melodía romántica.

Will intentó tragar saliva y se dio cuenta de que tenía un nudo en la garganta. ¿Por qué las bodas despertaban siempre tantas emociones?

Cuando miró a Jake vio que parecía un poco nervioso.

—¿Estás bien?

—Estaré bien cuando vea a Mattie.

—No llegará tarde, ya lo veras —sonrió Will, mientras tocaba el bolsillo donde guardaba las alianzas.

Poco después hubo un movimiento en la entrada y, como si todo

estuviera coreografiado, la congregación entera se volvió.

Las chicas aparecieron como una nube de blancos y rosas y Will parpadeó. Lucy y Gina estaban casi tan guapas como la novia.

Aparentemente satisfechas después de haber colocado la cola y el velo de Mattie, ocuparon sus sitios frente al altar; Lucy muy erguida, con la cabeza levantada y los ojos brillantes pero con una sonrisa en los labios. Will pensó que tenía un aspecto vulnerable y, sin embargo, decidido, mientras su corazón empezaba a latir a un ritmo que no era normal.

Era tan raro.

Había estado en innumerables bodas y había visto procesiones de damas de honor, pero ninguna de ellas lo había hecho sentir como se sentía en aquel momento.

Lucy siempre había sido un poco chicazo, con el pelo corto, camisas de cuadros y pantalones vaqueros, pero aquel día no podía esconder su feminidad.

El vestido rosa y el ramo de lirios que llevaba en las manos destacaban la palidez de su pelo, el tono melocotón de su piel y el rosa de sus labios. Nunca le había parecido más bella.

Salvo tal vez… esa noche, en el porche, cuando se volvió hacia él con los ojos llenos de lágrimas.

Will deseó que lo mirase. Sólo una vez, por los viejos tiempos. Quería mirarla a los ojos, necesitaba ver su sonrisa.

«Venga, Lucy, mírame».

Ella sonreía a los invitados, a sus amigos, a Jake, pero a él no lo miró ni una sola vez. Evidentemente, no estaba interesada.

O tal vez, sencillamente no sentía la necesidad de hacerlo.

Capítulo 3

Los ojos de Lucy se empañaron cuando Mattie y Jake abrieron el baile con un vals. Parecían tan felices, tan enamorados. Estaba segura de que todo el mundo se había emocionado al verlos.

Sí, era una boda perfecta.

La ceremonia había sido seguida de una feliz procesión por la calle principal de Willowbank hasta el salón de banquetes. El champán se notaba de un lado a otro, un cuarteto de cuerda tocaba una música maravillosa y se sirvió una cena espléndida.

El discurso de Jake había sido tierno y emocionante y el brindis de Will apropiadamente ingenioso, aunque había exagerado en sus elogios a las damas de honor. Lucy sintió que le ardían las mejillas cuando todos los ojos se volvieron en su dirección y se alegró enormemente cuando llegó el momento de que los novios cortasen la tarta.

Todos estaban entusiasmados y ella, emocionada. La boda no podría haber sido más bonita.

Era un alivio haber sobrevivido sin hacer el ridículo. Lo cual significaba evitar a Will, tarea difícil cuando sus ojos habían tomado por costumbre volverse hacia él a la menor oportunidad. Intentaba pensaren otra cosa, pero no podía negar que era el más guapo de la fiesta.

Aún recordaba el día que lo conoció, a la orilla del río… incluso de espaldas le había parecido guapo.

Will se había quitado la camisa y estaba inclinado sobre el agua, buscando pepitas de oro. La luz del sol que se colaba entre las ramas de los árboles iluminaba su pelo castaño oscuro y la suave piel morena de su espalda…

No podía dejar de mirarlo. Tenía los hombros anchos, las caderas delgadas, las piernas largas… el cuerpo de un nadador.

Ahora, tantos años después, era incluso más irresistible y Lucy no dejaba de encontrar cosas interesantes que admirar: su mentón, tan masculino, el pelo oscuro que rozaba el cuello de la camisa, la anchura de sus hombros bajo la elegante chaqueta…

Lucy suspiró.

Agotada, se quitó los zapatos de tacón por debajo de la mesa, pensando que pronto podría irse a casa. Sería tan agradable saludar a sus perros y luego meterse en la cama con un vaso de agua y una pastilla para el dolor de cabeza…

—Lucy, nos toca bailar —oyó la voz de Tom.

—¿Ah, sí?

Tom ya estaba de pie, tirando de su mano.

—Venga, Gina y Will ya lo están haciendo. Las damas de honor tienen que animar la fiesta.

Suspirando, Lucy se inclinó para volver a ponerse los zapatos y, al hacerlo, tuvo que disimular un gesto de dolor.

Pero era cierto. Gina y Will estaban bailando y, por alguna razón desconocida, se le encogió el corazón al verlos.

Desgraciadamente, cuando el resto de las parejas se unieron a ellos en la pista, Tom cambió de opinión y le preguntó si le importaría que bailase con Gina.

—No, claro que no —contestó ella—. Tienes que bailar con tu mujer.

Cuando se acercó a Will para darle un golpecito en el hombro Lucy intentó retirarse discretamente, pero imaginó lo que iba a pasar.

Lo más lógico era que Will le pidiese un baile, pero había momentos en los que la lógica y la cortesía eran un desastre. Momentos como aquél, cuando sus anticuados y absurdos sentimientos por Will complicaban de manera extraordinaria las cosas.

En principio, un baile con un viejo amigo debería ser algo sencillo, pero en una noche tan romántica como aquélla…

No podía dejar de recordar aquel beso, tantos años atrás, cuando hizo el ridículo durante la fiesta de despedida de Will. Y recordar eso hizo que quisiera salir huyendo…

—¡Lucy! —la llamó él entonces—. No voy a dejarte escapar tan fácilmente. Venga, tenemos que bailar.

Lo decía como si fuera algo sencillo, pero en sus ojos grises le pareció ver un brillo de aprensión. No estaba tan seguro como quería hacerle creer y eso no la ayudó nada.

Pero algunos de los invitados estaban mirándolos y lo último que quería era montar una escena.

—Un baile —asintió—. ¿Por qué no?

Un baile no sería un problema, se dijo. Pero en cuanto Will puso una mano en su cintura supo que aquello no iba a ser tan fácil.

—Sonríe —murmuró él—. Esto es una boda, no un funeral.

Sólo había bailado con Will un par de veces, mucho tiempo atrás. Aun así, recordaba cada detalle… su costumbre de enredar los dedos con los suyos, el aroma de su colonia, que su cabeza le llegaba al mentón.

Y aquella noche cada recuerdo la inquietaba más. Estar cerca de Will la ponía tan nerviosa que no dejaba de pisarlo y pedirle disculpas constantemente.

Después de disculparse por tercera vez Will le dijo algo, pero la música estaba tan alta que no pudo escucharlo.

—¿Qué?

—¿Estás bien o quieres descansar un poco? —le preguntó él, inclinándose para hablarle al oído. Eso sería lo más sensato, ¿no?

—Sí, por favor.

—Hay sillas fuera, en el patio. ¿Por qué no salimos un rato? Allí estaremos más tranquilos.

El corazón de Lucy volvió a acelerarse. «Salir fuera, donde estarían más tranquilos» sugería que quería hablar con ella.

Y en parte quería hacerlo, pero no sabía si sería sensato. ¿De qué podrían hablar? Will llevaba tanto tiempo fuera de Willowbank que entre ellos ya no existía esa vieja camaradería.

Además, una conversación a solas podría llevar al incómodo tema de su relación con Josh. ¿No sería más prudente mantener las distancias?

Pero la intensa mirada de Will hizo que sintiera un escalofrío y Lucy supo que la sensatez iba a perder esa batalla en favor de la curiosidad. En realidad, quería saber de qué podría querer hablar con ella.

—Muy bien —asintió por fin.

Encontraron dos sillas desocupadas en el patio y se quitó los zapatos para frotar sus doloridos pies.

—Te duelen, ¿eh? —rió Will.

—No estoy acostumbrada a llevar tacón —dijo ella, a la defensiva —. Deberías probar tú a ponértelos, es una tortura.

—No lo dudo, pero te quedan muy bien —Will desabrochó un botón de su chaqueta. Su camisa blanca brillaba a la luz de la luna mientras estiraba las piernas—. Y lo que he dicho durante mi discurso era de corazón, estás guapísima.

—Gracias —murmuró ella, apartando la mirada—, Mattie eligió los vestidos y tiene un gusto muy femenino.

—Sí, es verdad.

—Ha sido una boda preciosa… —Lucy se vio emboscada por un traicionero bostezo—. Pero parece que me ha dejado agotada.

—Seguramente trabajas mucho, ¿no?

—Mi trabajo no suele cansarme. Las bodas, por otro lado…

—Pueden ser agotadoras.

—Sí.

Will la miraba con una sonrisa en los labios.

—No es fácil ver cómo tus amigos se van casando.

—Pues… yo me alegro mucho por Mattie. ¿Tú no?

—Sí, claro que sí. No podría haberle pasado a una chica mejor que ella.

Lucy asintió y los dos se quedaron en silencio un momento.

—Supongo que las bodas son agotadoras porque hay tanta gente a la que saludar —intentando disimular que la presencia de Will era el mayor de los problemas, Lucy señaló hacia el interior del salón—. Yo estoy más acostumbrada a tratar con animales. Son mucho más tranquilos que los humanos.

—Y yo estoy acostumbrado a tratar con rocas.

—Sí, claro —rió Lucy—. Yo diría que también son más silenciosas.

—El silencio es uno de sus mejores atributos —bromeó él—. Parece que nos hemos convertido en un par de solitarios, ¿no?

—Tal vez.

—Está ocurriendo a nuestro alrededor. Patita.

Patita… su viejo apodo.

Sólo su padre y Will la llamaban así y eso la hizo sentir aún más nostálgica, pero intentó disimular.

—¿Qué está pasando?

—Nuestros amigos se casan, forman una familia.

Lucy se puso tensa. ¿Por qué tenía que sacar ese tema precisamente?

—No es ninguna sorpresa, a nuestra edad la gente se casa.

—Sí, pero tú y yo somos mayores que ellos.

Tic, tac, tic, tac…

Lucy cerró los ojos, angustiada. Pero no, no iba a pensar en aquella noche. Había declarado una moratoria a los pensamientos que tuvieran que ver con hijos, tenerlos, quererlos o perderlos. Y no podía imaginar porqué Will había sacado precisamente ese tema.

O tal vez él no sabía nada sobre el aborto espontáneo que había sufrido. Apenas había hablado con Will en el funeral de su hermano y luego él se había ido tan lejos de Willowbank como era humanamente posible. Desde entonces, sólo se habían encontrado en alguna fiesta de Navidad. Will había sido amable, pero mantenía las distancias y Lucy siempre había intentado demostrarle que era muy feliz sin él.

—¿Por qué dices eso? —le preguntó ahora, poniéndose de nuevo los zapatos—. No me gusta que me recuerden que me hago mayor.

Pero al levantarse se dio cuenta de que estaba temblando violentamente. No tenía fuerza en las piernas y no tuvo más remedio que sentarse de nuevo.

Se sentía tan avergonzada que no podía mirarlo siquiera.

—Lo siento, pensé que estaba diciendo algo que era evidente: a nuestro alrededor hay matrimonios, nacimientos, bautizos… ¿te encuentras bien? ¿Quieres un vaso de agua?

—No, estoy bien —mintió ella, respirando profundamente—.

Pero… debería volver. A lo mejor Mattie me necesita para algo.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí, sí.

Will puso una mano en su brazo para ayudarla a levantarse y Lucy esperó que no se diera cuenta de que estaba temblando. Pero cuando dio el primer paso adelante se quedó sin fuerzas y él tuvo que sujetarla.

—Te juro que no he bebido demasiado.

—Lo sé. Estás cansada.

Tenía que ser eso. ¿Qué otra cosa podía ser?

—En cuanto termine el banquete te llevaré a casa.

—No hace falta.

—No discutas, Lucy. No has traído tu coche, ¿verdad?

—No —admitió ella—. Está en casa de Mattie.

—Yo sí he traído el mío. Y si estás cansada, alguien debería llevarte a casa.

Para entonces habían llegado a la puerta del salón y Lucy podía ver a Gina repartiendo platos de tarta.

—¡Ay, se me había olvidado! Debería haber ayudado a tu hermana a repartir la tarta nupcial.

—¿Seguro que puedes hacerlo?

—Sí, claro.

Y mientras se acercaba a Gina supo que era verdad. Estaba perfectamente bien en cuanto se alejaba de Will.

«Pues sí que ha ido bien», pensaba Will, irónico.

Lucy estaba sonriendo, charlando y mostrándose encantadora con los invitados, pero cada vez que él se acercaba…

Mirándola ahora recordó las conversaciones que tenían cuando eran compañeros de facultad. Compartían el interés por la ciencia, de modo que tenían muchas cosas en común y solían hablar durante horas. Pero más tarde, después de la universidad, su amistad se resintió.

Lucy era aventurera y sentía tanta curiosidad por el mundo como Will pero, al contrario que él, no quería irse de Willowbank.

Su padre era médico y ella quería ser médico… de animales. Se había esforzado mucho para conseguir el título y viajar le parecía una pérdida de tiempo. ¿Por qué ir de un lado a otro cuando podía abrir una clínica veterinaria en Willowbank?

Entonces, cuando se marchó a vivir aventuras con Cara, su novia, tenía la idea de que algún día volvería allí. Algún día.

Pero la noticia del compromiso de Lucy con su hermano había sido tan inesperada y él se había quedado tan sorprendido que volvió a casa enseguida. Aunque no podía culpar a Lucy por enamorarse de Josh.

Todo el mundo en el distrito de Willow Creek había querido al simpático Josh Carruthers y él tenía la costumbre de conseguir todo lo que deseaba, sobre todo en lo que se refería a las mujeres.

Will podía imaginar cómo la había conquistado. Lo habría hecho tan bien que Lucy debió de caer a sus pies sin saber lo que pasaba siquiera. Y Josh le habría ofrecido exactamente la vida que ella deseaba: matrimonio, una familia y una granja como guinda del pastel.

¿Pero habría querido Josh a Lucy de verdad? ¿Habría querido hacerla feliz?

Le sorprendía que todas esas preguntas siguieran inquietándolo después de tantos años.

—Pareces triste —oyó la voz de Jake a su lado—. ¿Va todo bien?

Will se volvió, sorprendido.

—Sí, sí, está siendo una boda fabulosa.

—Me alegro de que lo hayas pasado bien —dijo Jake, señalando a Lucy con la cabeza—. Y ella es una chica estupenda.

Era absurdo fingir que no sabía de qué estaba hablando, de modo que Will asintió con la cabeza.

—Sí, es verdad —murmuró, metiendo las manos en los bolsillos del pantalón, como si eso pudiera consolarlo.

—Mattie me ha dicho que antes os llevabais muy bien.

—Sí, éramos muy amigos.

—Pues tienes la misma cara de angustia que tenía yo hace cuatro meses, antes de arreglar las cosas con Mattie —sonrió Jake.

—Esto es totalmente diferente. Más un misterio que una historia.

—Tal vez, pero al final siempre ocurre lo mismo.

Will miró a su amigo, enfadado de repente.

—No sabía que una boda convirtiese a un hombre en gurú de las relaciones sentimentales.

La sonrisa de Jake desapareció.

—Lo siento. ¿Me estoy haciendo el listo?

—Un poquito —sonrió Will—. Aunque seguramente yo haría lo mismo si estuviera en tu situación.

—No. Tienes razón, yo no sé nada sobre Lucy y tú.

Un suspiro escapó de la garganta de Will sin que se diera cuenta. Pero, a pesar de su reacción, en realidad casi esperaba que Jake pudiese hacerle alguna revelación, que pudiese decirle qué debía

hacer para aclarar las cosas con Lucy. Lo que fuera con tal de librarse de aquella sensación de culpa.

—Nosotros tenemos que irnos pronto —dijo Jake entonces—. Voy a buscar a mi mujer para empezar con las despedidas.

Will estrechó la mano de su amigo, deseándole toda la suerte del mundo y, poco después, los invitados se reunían en la puerta del salón para despedir a la feliz pareja.

A la luz de una farola, Mattie reía mientras se colocaba frente al coche y levantaba su ramo de novia. Will vio que Lucy daba un paso atrás, al contrario que las demás chicas, casi como si estuviera intentando esconderse.

El ramo empezó a volar por el aire y todas las chicas alargaron los brazos, pero la puntería de Mattie era infalible; el ramo cayó directamente en la cara de Lucy, que no tuvo más remedio que tomarlo.

Todos empezaron a aplaudir y Lucy sonrió tímidamente, seguramente agradeciendo que la atención se desviase hacia los novios, porque Jake ya estaba ayudando a Mattie a subir al coche.

Cuando se alejaban por la calle, Will vio que alguien había pintado la frase *Recién casados* con pasta de dientes en el parabrisas trasero, lo cual demostraba lo anticuado que era aquel pueblo.

Luego miró a Lucy y vio que estaba un poco detrás de los demás, con el ramo de novia en una mano mientras con la otra secaba sus lágrimas.

Capítulo 4

Lucy deseaba que se la tragase la tierra. Ya era bastante horrible que todo el mundo supiera que la novia le había tirado el ramo deliberadamente… y ponerse a llorar era patético. Pero hacerlo delante de Will Carruthers era más embarazoso de lo que podía soportar.

Dándole la espalda, hizo un esfuerzo por calmarse. Y, afortunadamente, lo logró justo a tiempo.

—Podemos irnos cuando quieras, Lucy.

Ella respiró profundamente antes de volverse con una sonrisa en los labios. Estaba decidida a demostrarle que eso de que los dos eran unos solitarios no la había afectado en absoluto.

—¿Puedes esperar un momento? Quiero despedirme de la gente.

—Sí, claro —sonrió Will—. Yo ya me he despedido. Avísame cuando estés lista.

—No tardare mucho… a menos que la señora Carey necesite mi ayuda para algo. ¿Dónde has aparcado?

—Ahí detrás —contestó Will, señalando hacia la izquierda.

—Muy bien.

Era absurdo que tuviera el estómago encogido mientras iba hacia la camioneta diez minutos después. Y más absurdo que su corazón diera un salto al ver a Will esperándola.

—Deja que te ayude —murmuró él, abriendo la puerta del pasajero.

—No hace falta.

Lucy no quería galanterías porque si Will la tocaba en aquel momento se pondría a llorar.

Pero subir sola a la camioneta no era fácil. Con su ramo y el ramo de novia en una mano y la complicación del vestido y los zapatos de tacón, era más bien una tarea complicada.

—Se me había olvidado que el escalón está muy alto —se disculpó Will.

—Si sujetas los ramos, seguro que puedo hacerlo.

Sin esperar respuesta, Lucy puso los ramos en la mano de Will y luego, agradeciendo la oscuridad, tiró de su falda para subir al escalón…

Pero perdió pie, no pudo sujetarse a la barra y cayó hacia atrás… justo a los brazos de Will, aplastando los ramos con su peso.

—¿Te has hecho daño?

—No, no…

Desesperadamente, Lucy intentaba ignorar lo maravillosamente a salvo que se había sentido en sus brazos, lo fabuloso que era estar

apretada contra su torso. Podría haberse quedado allí…

—Lo siento —se disculpó—. Cualquiera diría que estoy borracha.

—No se me había ocurrido, la verdad.

—Puedes dejarme en el suelo, estoy bien.

—Creo que es mejor hacerlo a mi manera.

Estaba tan oscuro que no podía ver su expresión, pero su voz era grave, cálida, como una manta calentita mientras la subía al asiento con asombrosa facilidad.

—Cuando te pongas el cinturón te pasaré… lo que queda de los ramos —dijo Will.

El aroma a rosas aplastadas llenaba la cabina de la camioneta mientras se colocaba tras el volante. Pero ese aroma no podía disfrazar el olor a cuero de los asientos que despertaba tantos recuerdos.

Aquélla era la primera vez en diez años que estaba a solas con Will y, tontamente, recordó aquel embarazoso beso en el porche durante la fiesta de despedida.

Recordaba perfectamente el calor de sus labios, el sensual roce de su lengua…

—¿Estás bien?

—Perfectamente —contestó ella.

—¿Seguro? —insistió Will, mirándola intensamente.

Lucy se llevó una mano al corazón, como para intentar contener sus frenéticos latidos.

—Me he resbalado con los tacones, pero te aseguro que en cuanto llegue a casa estos zapatos irán directamente la basura.

Riendo, él arrancó la camioneta y Lucy enterró la cara en las flores, alegrándose de que no intentase entablar conversación mientras la llevaba a casa.

Pero, en el silencio, no dejaba de pensar en la conversación de antes. Will la había sorprendido al mencionar el tema del matrimonio y los hijos, pero tal vez no debería haberse sorprendido tanto. Estaba, como él había dicho, pasando a su alrededor todos los días. Gina y Tom tenían mellizos, Mattie estaba casada…

Y ella, intentando no hablar de ese tema para disimular cuánto le dolía, había cortado la conversación groseramente…

¿Habría querido Will decirle algo? Siempre se había sentido dolida por su silencio tras la muerte de Josh y su aborto espontáneo… nunca le había dado una oportunidad de contarle por qué se había prometido con su hermano.

Sería horriblemente difícil decirle la verdad, pero tal vez, si se lo contaba, podría olvidarlo de una vez por todas. Y tal vez, con un poco

de suerte, dejaría de soñar con él.

Mientras recorrían la carretera, pasando frente a silenciosas granjas y tranquilos prados, tantas preguntas daban vueltas en su cabeza que cuando por fin Will se detuvo no pudo contenerse:

—¿Qué querías decirme antes?

—¿Qué? Lo siento, no sé de qué hablas.

—Antes, cuando hemos salido un momento a tomar el aire, estabas diciendo algo sobre que nos hacemos mayores… ¿qué intentabas decir?

Will se volvió para mirarla, con una mano sobre el volante.

—Nada en particular —contestó, con una sonrisa—. Solo quería charlar contigo… como solíamos hacerlo antes. Tenemos muchas cosas que contarnos, pero ahora es muy tarde. ¿Qué te parece si te llamo un día de éstos?

¿Cómo una sencilla pregunta podía despertar tantas emociones? Era absurdo sentirse excitada sólo porque Will Carruthers quisiera volver a hablar con ella.

—Muy bien, llámame cuando quieras —murmuró, poniendo la mano en el tirador de la puerta.

—Espera, será mejor que te ayude a bajar o tendremos otro accidente.

El corazón de Lucy seguía como loco mientras Will la ayudaba a bajar de la camioneta.

—Gracias —murmuró—. Mis viejos huesos no podrían haber soportado otra caída.

—Vete a la cama, abuela —rió él.

Cuando rozó su frente con los labios se le doblaron las rodillas, pero intentó disimular.

—Tal vez debería acompañarte hasta la puerta.

—No, por favor. Creo que soy capaz de llegar sola a mi casa.

—De todas formas, esperaré aquí hasta que hayas entrado.

Después de tantos años siendo independiente, Lucy debía admitir que era agradable que un hombre se preocupase por ella. Sonriendo sin poder evitarlo, sujetó los ramos con un brazo, se levantó elegantemente la falda del vestido y caminó con cuidado por el camino de ladrillos que llevaba hasta la puerta.

Aunque había dejado su bolso en casa de Mattie, guardaba una llave bajo un tiesto… pero no era eso lo único que había en la puerta.

Alguien había dejado un saco allí.

Lucy dejó escapar un suspira. Como veterinaria de Willowbank no tenía obligación de ocuparse de la fauna salvaje de la zona, pero casi cada semana alguien le dejaba allí algún animal herido. Normalmente

algún canguro pequeño o una comadreja atropellados por un coche…

Estaba agotada, pero antes de irse a la cama tendría que atender al pobre animal.

Después de abrir la puerta encendió la luz y se volvió para despedirse de Will.

—¡Gracias por traerme!

—¡Un placer! —sonrió Will, subiendo a la camioneta.

Suspirando, Lucy levantó el saco. El animal que había dentro se movió, lo cual era buena señal. Tal vez no estaba malherido y no perdería muchas horas de sueño esa noche.

Aunque sus perros estaban arañando la puerta de atrás, Lucy entró en la consulta, colocó los ramos en uno de los senos del fregadero de aluminio y dejó el saco sobre la camilla.

Lo primero era lo primero. Bostezando, se quitó los zapatos y empezó a soltar la cuerda que cerraba el saco… y una serpiente asomó la cabeza.

Lucy lanzó un grito de horror.

Una serpiente era lo último que esperaba. Lo peor. Ella amaba a los animales, pera las serpientes le daban pánico.

Su corazón latía, desbocado. No podía lidiar con una serpiente esa noche.

Paralizada por el miedo, estaba a punto de ponerse a gritar cuando oyó pasos en la entrada… y Will apareció en la puerta de la consulta.

—¿Qué ocurre?

—¡Una serpiente! —gritó ella, señalando el saco.

—Espera, tranquila —Will, con una valentía que la asombró, dio un paso adelante y sujetó a la serpiente por la cabeza—. Es una pitón diamante y está herida.

Una pitón diamante.

Lucy respiró profundamente para intentar controlar su desbocado corazón. Las pitones diamante no eran venenosas.

—Lo siento, me he llevado un susto enorme… no esperaba que fuera una serpiente. Alguien dejó un saco en mi puerta y yo pensé que sería un canguro pequeño o algo así.

—En lugar de eso, te has encontrado con una serpiente enfadada que tiene una herida en la espalda —la expresión de Will era a la vez burlona y tierna.

Más calmada, Lucy se acercó para examinar la herida.

—Me temo que las serpientes son la única especie del reino animal a la que no soy capaz de querer. Pero ésta es muy bonita, ¿verdad?

—Sí, es preciosa —dijo Will—. ¿Qué quieres que haga con ella? ¿Vas a curarla?

—Al menos, puedo limpiar la herida. Tal vez necesite puntos.

—¿No puedes dejarlo hasta mañana? ¿Quieres que la guarde en una caja?

—No, no, el problema de una herida es la posible infección… tengo que curarla ahora mismo. No tardaré mucho, pero me temo que no podría hacerlo sin un ayudante.

—Ningún problema. Soy todo tuyo.

El brillo de sus ojos hizo que le ardieran las mejillas.

—Gracias —murmuró—. Si no te importa seguir sujetándola, me organizaré enseguida. Primero, tengo que darle oxigeno y anestesia a través de la tráquea.

—¿Vas a dormirla sólo para limpiar la herida?

—Es la única manera de evitar que una serpiente se mueva. Además, son muy sensibles al dolor.

Lucy se puso los guantes y la bata y, después de colocar rápidamente el instrumental necesario, le pidió que inmovilizase al animal sujetándolo a la camilla con una tira de esparadrapo.

—Muy bien, vamos a darle un poquito de gas. No la sueltes.

Will sujetaba la cabeza de la serpiente mientras ella metía el tubo en su boca. Y lo asombroso era que ya no estaba asustada.

—¿A cuántas serpientes le has salvado la vida?

—Esta es la primera.

Will sonrió.

—Yo recuerdo a tu primer paciente.

—Pero si estabas en Argentina cuando abrí la consulta —dijo ella, sorprendida.

—Antes de eso. ¿No te acuerdas del pollo que llevaste al instituto en una caja de cartón?

—Ah, sí —sonrió Lucy—. El pobre había nacido una fría mañana de invierno y me preocupaba que no sobreviviera.

—Lo dejaste escondido debajo del pupitre.

—Hasta que el señor Sanderson lo descubrió en la clase de biología.

Sus ojos se encontraron y, por un momento, Lucy volvió a tener dieciséis años otra vez. Y Will Carruthers era…

«No, por favor».

Sorprendida de lo fácil que le resultaba distraerla, concentró sus pensamientos en limpiar la herida con alcohol. Luego, cuando su paciente se durmió por fin, empezó a suturar el tejido dañado.

Mientras trabajaba, Will la miraba en silencio, con una sonrisa en los labios.

—Imagino que no es así como esperabas pasar el resto de la noche

—dijo Lucy por fin.

—No me lo habría perdido por nada del mundo, es una experiencia única. ¿Cuántos hombres tienen la suerte de ver a una dama de honor curando a una serpiente a medianoche?

Ella no pudo evitar una sonrisa.

—Suena como algo de brujería medieval.

—¿El rito de primavera?

—Tal vez —sonrió Lucy—. ¿Pero cuántas veterinarias han tenido como ayudante a un hombre vestido con un elegante esmoquin?

—Cuando he entrado aquí estabas pálida como un cadáver, pero enseguida te has puesto a trabajar como si no pasara nada. Eres una chica muy dura.

—Es mi trabajo. Y ya he terminado —suspiró Lucy, dejando las agujas de sutura en la bandeja antes de quitarse los guantes y la bata.

—¿Dónde vamos a ponerla mientras duerme?

—Tendremos que meterla en una jaula, en la parte de atrás —con cuidado, Lucy quitó el esparadrapo con el que la habían sujetado a la camilla—. Hay una jaula para serpientes en la esquina, lejos de los demás pacientes. Pero tengo que poner papel de periódico para que esté seca.

Cuando la serpiente estaba por fin a salvo en su jaula era mas de medianoche, pero la verdad era que Lucy ya no se sentía cansada en absoluto. Y, por mucho que quisiera engañarse a sí misma, estaba claro que era gracias a la presencia de Will.

Había sido como volver atrás en el tiempo, a su época de estudiantes.

—Vamos a la cocina —le dijo, después de que se hubieran lavado las manos.

Se sentía orgullosa de las reformas en aquella habitación: las paredes de color arena, los baldosines pintados a mano sobre el fregadero. Había pasado siglos buscando exactamente los armarios de estilo rústico que le gustaban.

—Será mejor que deje entrar a los chicos.

En cuanto abrió la puerta de atrás *Seamus* y *Harry* entraron a la carrera, saltando alegremente a su alrededor y moviendo las colas como si llevara fuera seis meses.

—Bueno, creo que te mereces una copa —sonrió, cuando los perros se calmaron.

—Sí, estoy de acuerdo —dijo Will, quitándose la chaqueta y la cortaba.

No era fácil tenerlo en su casa, pero no podía decirle que se fuera después de lo bien que se había portado. Además, dos viejos amigos

podían tomar una copa tranquilamente. No pasaba nada.

—¿Qué te apetece, alcohol o café? Si quieres alcohol, me temo que sólo tengo cervezas y vino blanco.

Will eligió cerveza y Lucy se sirvió una copa de vino, poniendo después queso, nueces y fruta en una bandeja.

—Vamos al salón… aunque te advierto que aún no está reformado. Empecé a renovar la cocina y luego me quedé sin entusiasmo.

Esa noche, sin embargo, se quedó sorprendida. Iluminado por la luna, el salón tenía una belleza etérea, casi mágica. No parecía el caótico salón de siempre y las mantas y cojines de colores que había sobre el sofá le daban un toque muy cálido.

—Debería dejar las luces apagadas. La habitación queda mejor a la luz de la luna.

—Todo mejora a la luz de la luna —dijo Will.

Lucy decidió pasar por alto el comentario y, en lugar de sentarse en el sofá, se dejó caer sobre uno de los sillones.

—Prueba el queso con una manzana —le dijo—. ¿Los has probado juntos? Es una combinación muy agradable.

Will lo hizo y asintió con la cabeza mientras ella tomaba un sorbo de vino.

—¿Has empezado a buscar un nuevo trabajo?

—Aún no —contestó él—. Pero he encontrado un par de puestos que podrían interesarme. Incluso hay uno en Armidale, en la universidad.

—¿En Armidale, tan cerca? —Lucy estaba sorprendida—. La verdad es que no te imagino como profesor.

Will se encogió de hombros.

—He pensado que podría ser un cambio interesante después de tantos años viajando por desiertos y montañas buscando rocas.

—Sí, claro. Supongo que la geología es un trabajo para jóvenes —sonrió ella, burlona—. Pero imagino que a tus padres les gustaría que te quedases con la granja.

—Nunca me lo han dicho. En realidad, están pensando en venderla.

—¿En serio? —exclamó ella, horrorizada.

—Mi madre de repente tiene ganas de viajar.

—Pues debes de habérselo contagiado tú.

—Tal vez —sonrió Will.

—Pero tu familia ha tenido la granja de Tambaroora durante cinco generaciones.

—Y parece que ha llegado el final de la saga.

Nerviosa, Lucy se mordió el labio inferior. Ya estaban pisando

terreno peligroso. Todo el mundo en el distrito sabía que el hermano mayor de Will, Josh, era quien debía haberse quedado con la granja.

La muerte de Josh lo había cambiado todo.

Lucy cerró los ojos, como para protegerse del dolor que sentía siempre que pensaba en ese tiempo.

—Nunca hemos hablado de ello —dijo Will entonces.

Lucy no tenía que preguntarle a qué se refería. Que no hubiesen hablado nunca de la muerte de Josh era como una herida abierta.

—No hemos tenido muchas oportunidades para hacerlo. Tú te marchaste después del funeral.

—Y tu padre no me ayudó mucho.

—¿Mi padre?

—Tras el funeral de Josh intenté hablar contigo por teléfono… incluso fui a tu casa, pero tu padre no quería que me acercase a ti.

—Yo no sabía eso —dijo ella, sorprendida. De haber sabido que Will había llamado, ¿qué habría hecho? ¿Qué podría haber cambiado?

—Tu padre estaba intentando protegerte y supongo que yo no habría podido ayudarte.

Lucy tuvo que tragar saliva, nerviosa. Tras el funeral de Josh y el aborto espontáneo estaba deshecha. Todo el mundo creía que lloraba la muerte de Josh y, aunque era así, en realidad la causa de su angustia era una terrible sensación de culpabilidad.

—¿Tú sabías… lo del niño?

—Gina me lo contó. Lo siento mucho, de verdad.

Lo decía como una disculpa, casi como si él tuviera algo que ver. Lo cual era absurdo.

—Gracias.

—Pero, por lo visto, ahora te va muy bien. Todo el mundo dice que eres una veterinaria estupenda.

—Me encanta mi trabajo.

Will asintió con la cabeza.

—¿Eres feliz?

—Sí, claro —murmuró ella, acariciando la cabeza de *Harry*—. Me encanta el pueblo, me encanta mi trabajo.

—¿Y eso es suficiente?

Lucy intentó ocultar su angustia con otra pregunta:

—¿Tú eres feliz, Will? ¿Te hace feliz tu trabajo?

—No, ya no.

No era la respuesta que había esperado y tardó un momento en digerirla.

—Supongo que es por eso por lo que estás buscando algo diferente.

—Supongo que sí. Además, ha ocurrido algo que me ha abierto los

ojos.

Ella lo miró, preocupada.

—No estarás enfermo, ¿verdad?

—No, gracias a Dios, pero hace poco ocurrió algo… no se lo he contado a mi familia para no preocuparlos, pero hubo una explosión en una mina que yo estaba revisando.

—¿En Mongolia?

—Sí —contestó Will, con expresión seria—. Los dos hombres que trabajaban para mí murieron al instante, delante de mis ojos. No tengo ni idea de cómo pude escapar sin un rasguño.

—Dios mío, es terrible.

La idea de que a Will pudiera haberle pasado algo…

—Estuve en sus funerales —siguió él—, y eso me abrió los ojos.

—¿En qué sentido?

—Bamey era soltero, de modo que a su funeral sólo fueron su familia y unos amigos, pero Keith tenía familia… la verdad es que siempre estaba hablando de su mujer y de sus hijos. Y, durante el funeral, su hijo dijo unas palabras… —Will se pasó una mano por la frente—. Era un niño tan valiente. No podía tener más de diez años, pero se colocó delante de todo el mundo con esos ojazos negros llenos de lágrimas. Se le rompía la voz, pero contó lo orgulloso que se sentía de su padre y que quería trabajar mucho para que se sintiera orgulloso de él…

A Lucy se le hizo un nudo en la garganta al imaginar al niño y a su madre. La pobre mujer debía de haberse sentido tan orgullosa a pesar del dolor.

—No puedo dejar de pensar en ese niño —siguió Will—. Era como un regalo que Keith le había dejado al mundo.

Lucy buscó un pañuelo en el corpiño del vestido y se secó los ojos.

—Lo siento, perdóname —se disculpó él—. Te estoy poniendo triste hablando de funerales cuando acabamos de venir de una boda.

—No, no. Además, la vida es eso, ¿no? Bodas, bautizos, muertes, matrimonios.

Will sonrió, con tristeza.

—Parece que yo tardo mucho en aprender. Era como si no fuera conmigo hasta que estuve en esa iglesia, entonces lo entendí por fin. Entendí por qué mi hermana había esperado un hijo con tanta ilusión, por qué Mattie estaba dispuesta a concebir unos niños que no eran suyos para darle ese regalo…

—Sí —asintió Lucy, casi sin voz.

—Lo siento —se disculpó él de nuevo—. Debería ser más sensible con ese tema.

Se refería al niño que había perdido, pensó Lucy. ¿Le sorprendería saber que ella seguía queriendo un hijo, que era casi una obsesión?

Sacudiendo la cabeza, Will se levantó para acercarse a la ventana con las manos en los bolsillos del pantalón.

Y, a pesar de la tensión, Lucy estaba como hipnotizada viéndolo a la luz de la luna. No podía dejar de mirar su perfil, su despejada frente, su nariz, tan masculina, el fuerte mentón con su atractivo hoyito.

—Me sorprende que no hayas encontrado a otra persona, Lucy.

Oh, no. Ella no quería hablar de eso.

—Lo mismo podría decir de ti.

—Pero yo soy un vagabundo, tú no.

Cierto. Pero Lucy no podía dejar de recordar que había vuelto cuando Josh y ella anunciaron su compromiso.

Siempre se había preguntado por qué, pero era incapaz de sacar el tema esa noche. Se sentía demasiado vulnerable y temía decir algo que lamentase después. Y sería demasiado embarazoso confesar que por fin había decidido salir con Josh para ver si eso provocaba alguna reacción en Will.

Si le decía eso, también tendría que confesarle que el plan se volvió contra ella cuando quedó embarazada.

Pero aquella conversación era un paso importante; casi como si Will y ella hubieran retomado su vieja amistad. Él le había hablado del funeral de sus amigos, algo que ni siquiera había compartido con su familia…

—La verdad es que estoy deseando tener un hijo.

Will se dio la vuelta y Lucy vio que su nuez se movía arriba y abajo.

—Serías una madre estupenda.

—Bueno, no sé… pero es una pena —no había querido decir nada más, pero ahora que había empezado resultaba sorprende fácil seguir —. Si quieres que sea sincera, me preocupa constantemente el estado de mis ovarios y si van a seguir funcionando.

—¿El viejo reloj biológico?

Ella asintió con la cabeza.

—En mi familia hay historia de menopausia temprana. Por eso soy hija única.

—Pero yo sé que has rechazado al menos tres proposiciones de matrimonio.

—Porque no estoy tan desesperada como para casarme con cualquiera. Prefiero ser madre soltera.

Abruptamente, Will volvió al sofá y se sentó, con las piernas

estiradas.

—¿Por qué querrías ser madre soltera?

—Porque es mejor que no ser madre en absoluto. Ya he intentado una inseminación artificial, pero no funcionó.

—¿En serio?

—Sí, claro. ¿Por qué no?

—¿No te parece un poco… extremo?

—No, me parece lo más lógico. Yo he inseminado a cientos de animales y sé que es una solución. Y funcionó perfectamente con Gina y Mattie. Lamentablemente, conmigo no salió bien.

—Es una pena que Mattie no pueda tener un hijo por ti.

Lucy sabía que estaba de broma y tuvo que sonreír.

—A mí también se me había ocurrido, pero imagino que tendrá otros planes ahora que se ha casado.

—Sí, claro —Will se rascó la barbilla—. Pero es una pena que nadie pueda ayudarte.

—¿Te refieres a un amigo? ¿Alguien como tú?

Capítulo 5

Lucy no podía creer que hubiera dicho eso en voz alta.

¿En qué estaba pensando?

¿Cómo podía haber sugerido que Will la ayudase a concebir un hijo por amistad?

¿Qué pensaría de ella?

El único sonido en la habitación eran los ronquidos de *Seamus*, el *setter* irlandés, y Lucy miró al perro mientras su corazón latía como si quisiera escapar de su pecho.

—Sabes que lo he dicho de broma, ¿no? —murmuró cuando el silencio se alargó demasiado.

En realidad, lo que deseaba era desaparecer con el rabo entre las piernas, como hacían sus perros cuando habían hecho alguna travesura y sabían que iban a recibir una reprimenda.

Si pudiera retirar esas palabras…

—No lo he dicho en serio. Ya sabes que nunca se me ha dado bien hacer chistes. Siempre me salen mal. Lo siento, no sé por qué he dicho esa tontería.

—Por un momento, he pensado que hablabas en serio.

—No, no. Puedes estar tranquilo.

De repente, una nube ocultó la luna y la habitación quedó a oscuras. Lucy encendió la lámpara que había a su lado y el retorno de la luz pareció disipar la tensión.

Will se levantó.

—Será mejor que me vaya… antes de que también yo diga algo impensable.

Lucy se levantó a su vez, rezando para que sus piernas respondieran.

—Gracias por ayudarme con la serpiente.

—De nada —sonrió él—. Espero que se recupere. Y gracias por la cerveza y la charla. Ha sido como en los viejos tiempos.

No, pensó ella. Contarle cuánto deseaba tener un hijo no era como en los viejos tiempos.

Will tomó la chaqueta y la corbata de la cocina y luego, en la puerta, puso una mano sobre el hombro de Lucy.

—Nos vemos otro día, Patita —murmuró, besando su mejilla.

Y después de eso desapareció.

Will sentía como si acabara de bajar de una montaña rusa mientras se alejaba en la camioneta, viendo por el espejo retrovisor cómo las

luces de la casa de Lucy se perdían poco a poco.

En unas horas había pasado de ser testigo en una boda a ayudante de veterinario y luego… luego Lucy había requerido sus servicios como padre de su hijo.

Aunque no lo había dicho en serio, claro.

Pero la idea lo había aterrorizado. Su corazón se había vuelto loco cuando Lucy hizo esa extraña sugerencia.

Todavía estaba nervioso, aunque ella había insistido en que era una broma.

Pero, de no haber visto la angustia de su hermana, a quien habían tenido que practicar una histerectomía, de no haber asistido al funeral de Keith, no habría notado el genuino anhelo en la voz de Lucy. En sus ojos.

Y ahora lo entendía. Entendía que el deseo de tener un hijo era algo muy profundo, tanto que no podía ser explicado.

Y cuando Lucy dijo aquello en voz alta con ese temblor en la voz… por un momento había deseado que fuera verdad.

Eran muy buenos amigos y ella necesitaba su ayuda.

¿Pero ser el padre de su hijo?

Eso era más absurdo que lo que sintió mientras bailaba con ella en la boda. Era como el beso en el porche, tantos años atrás. Entonces también se había visto abrumado por una inesperada emoción.

Y estando tan cerca de ella tenía que contener el deseo de abrazarla, de besarla, allí mismo, delante de todos los invitados.

Menos mal que había dicho que estaba cansada o no sabía lo que hubiera podido pasar.

Pero no tenía sentido. Si quería a Lucy como novia, debería haber aprovechado la oportunidad cuando estaban en la universidad, antes de que empezase a salir con Josh. El problema era que entonces estaba distraído por las chicas de Sidney. Era joven y quería hacerse el conquistador.

Además, entonces Lucy lo mantenía a distancia. Siempre había dicho que era su amiga, no su novia.

Y, sin embargo, se había enamorado de Josh tan fácilmente…

Will sabía que ésa era la razón por la que no podía volver a pensar en tan extraña sugerencia.

Lucy había querido a su hermano. Había estado a punto de casarse con él y de tener un hijo suyo.

¿De verdad creía que podía solucionarlo todo convirtiéndose en un mero sustituto de Josh?

La pregunta daba vueltas en su cabeza mientras atravesaba el puente de madera de Willow Creek. Volvía a sentirse culpable, como

le pasaba siempre que pensaba en su hermano y recordaba la pelea que habían tenido aquella mañana, antes de que Josh muriese.

Era de eso de lo que deberían haber hablado. Debería haberle confesado a Lucy su papel en la muerte de Josh.

Pero la idea de contárselo era aterradora porque sabía que ella lo odiaría. Y no podía arriesgarse.

El día siguiente, domingo, resultó interminable para Lucy. Por la mañana fue a buscar su camioneta a casa de los Carey y estuvo una hora charlando con la madre de Mattie sobre la boda. Por la tarde fue a dar un paseo con sus perros por el río, pero *Seamus* y *Harry* no eran glandes conversadores, de modo que tuvo tiempo de pensar en la metedura de pata de la noche anterior.

¿Cómo podía haberle preguntado al hombre por el que estaba loca desde el instituto si la ayudaría a tener un hijo? Eso sí que era un error freudiano.

¿Qué pensaría Will?

¿Y por qué le había preguntado eso cuando una vez había estado prometida con su hermano?

Lucy se detuvo de golpe a la orilla del río. Recordaba las veces que había estado allí con Will, buscando pepitas oro como hacían todos los niños de la zona. Lo emocionante que era encontrar un brillo dorado en el agua o las piedras de color azul a las que ellos llamaban «zafiros».

Ni una sola vez le había hecho ver cuánto lo quería porque temía perderlo si le hablaba de sus sentimientos.

Estaba tan concentrada en sus pensamientos que se sobresaltó cuando sus perros empezaron a ladrar.

—¿Qué pasa, *Seamus*? ¡*Harry*, calla!

Entonces oyó pasos por el camino. Alguien se acercaba.

—¡Venid aquí! —los llamó. Pero sus perros no le hicieron caso, moviendo alegremente la cola mientras una alta figura aparecía por el camino.

Era Will.

Lucy sintió algo por dentro, como si alguien hubiera encendido una cerilla. También Will parecía sorprendido de verla, pero su sonrisa le calentó el corazón.

—No esperaba encontrarte aquí.

—Estaba dando un paseo con mis perros.

Will se inclinó para acariciar las orejas de *Harry*.

—Y yo tenía que salir de mi casa.

—¿Ya? Pero si acabas de llegar.

—Lo sé, pero había una loca idea dando vueltas en mi cabeza y decidí salir a dar una vuelta para aclarar mis pensamientos.

—Ah, ya.

Los perros, contentos de ver a Will, siguieron buscando tesoros por la orilla del río.

—He estado pensando en lo que me dijiste anoche.

Lucy se puso colorada.

—Lo dije de broma… tú sabes que no hablaba en serio.

—¿Pero te parece tan mala idea?

Ella se quedó boquiabierta. No podía hablar en serio.

—Pues claro que sí, es una locura.

Will miró alrededor, los árboles y el cielo, las piedras por las que se atravesaba el río…

—Quieres tener un hijo, tú misma lo dijiste anoche. Y te preocupa que pase el tiempo —Lucy intentó decir algo, pero no era capaz porque tenía el corazón en la garganta—. Imagino que preferirás que el padre de tu hijo sea una persona conocida. Un amigo tiene que ser mejor que un donante de esperma anónimo.

—Pero dos amigos no tienen hijos —consiguió decir Lucy por fin.

—Hoy en día se acepta todo tipo de matrimonio de conveniencia. A la gente de Willowbank le ha parecido muy bien que Mattie haya sido un vientre de alquiler para Gina y Tom.

—Sí, bueno, eso es verdad.

Pero, a pesar de sus tontos sueños, Lucy no podía imaginarse teniendo un hijo con Will. Y aunque pudiese imaginarlo… era el hermano de Josh.

—Mira, no me mal interpretes. No te estoy diciendo que quiera hacerlo, pero no me importa hablar de ello.

—¿Por qué?

Will sonrió.

—No hemos hablado en muchos años y antes se nos daba muy bien.

Lucy sintió que le ardían las mejillas. No sabía qué pensar, qué decir.

—¿Pero qué estás diciendo exactamente? ¿Que no te importaría… donar esperma para una inseminación?

Él la miró, sorprendido, mientras arrancaba unas briznas de hierba.

—Si eso es lo que quieres…

—Yo… no lo sé.

—Siempre existe la alternativa natural. Si has tenido problemas con la inseminación artificial, tal vez deberías probar de otra manera.

Lucy, apurada, agradeció que sus perros empezasen a ladrar.

—Se cansan de estar en un sitio y quieren ir a explorar a otro.

—Entonces vamos a dar un paseo —sugirió Will.

En otra ocasión habría sido muy agradable pasear con Will por la orilla del río como solían hacer antes, pero aquel día Lucy se sentía incómoda. La proximidad de Will, su estatura, el calor de su cuerpo, la ponían nerviosa.

No dejaba de pensar en esa loca idea de tener un hijo con él. ¿Pero cómo iba a tener un hijo con Will si nunca había admitido en voz alta estar loca por él?

Y no quería asustarlo después de haber hecho tan asombrosa sugerencia.

—Muy bien. Hablando por hablar, naturalmente, ¿qué te parece la idea de convertirte en padre?

—La verdad es que nunca había pensado en ello, pero últimamente tengo la sensación de estar desperdiciando mi vida.

—¿Por el niño en el funeral?

—Sí, la verdad es que ese niño… lo que dijo me afectó mucho. Pero ha habido otras cosas, los hijos de Gina, por ejemplo.

—Sí, yo también me muero de envidia cada vez que los veo. Pero no me has contestado, Will. ¿De verdad querrías ser el padre de mi hijo?

Él se detuvo.

—No puedo prometer que vaya a ser un gran padre. Ni siquiera sé dónde voy a trabajar a partir de ahora, pero si quieres tener un hijo, yo estoy dispuesto a ayudarte.

—No me importa criarlo sola, es lo que había planeado hacer de todas formas.

—¿Entonces… quieres que lo pensemos en serio?

—La verdad… no lo sé —Lucy tragó saliva—. Sé que he sido yo quien sacó el tema, pero no se me había ocurrido que te lo tomases en serio.

Sin embargo, tener un hijo con él era su sueño. Claro que en el sueño Will también se enamoraba locamente ella, pero la mitad de un sueño era mejor que nada, ¿no?

—Supongo que no hay nada malo en pensaren ello.

—No tenemos por qué tomar una decisión ahora mismo y, si decidimos seguir adelante, podemos hablar de los detalles entonces…

—Los detalles —repitió ella.

—Sobre la inseminación o la otra alternativa, más natural.

Esta vez, Lucy pensó que le iba a estallar la cara de vergüenza. Pero si ni siquiera había sido capaz de bailar con Will el día anterior.

¿Cómo iba a hacer el amor con él sin sufrir un colapso?

La idea de tener relaciones íntimas con él la hacía temblar de arriba abajo.

—No hay prisa —dijo él—. Yo voy a estar en Willowbank algún tiempo y, si decidiera quedarme, Armidale sólo está a un par de horas de aquí.

Lucy arrugó el ceño.

—¿Armidale?

—El trabajo del que te hablé ayer, en la universidad.

—Ah, claro.

—Mira, los dos necesitamos tiempo para pensarlo —dijo Will entonces—. Y yo tengo que volver a casa. Pero me alegro de haberme encontrado contigo.

Lucy asintió con la cabeza.

—Muy bien.

—¿Entonces lo vas a pensar?

—Sí —contestó ella. Pero sintió un escalofrío y tuvo que abrazarse a sí misma mientras Will se alejaba por el camino, volviéndose un momento para decirle adiós con la mano.

No había sido una locura del todo, se decía Will mientras seguía caminando por la orilla del río. No se había comprometido a mantener una relación con la ex prometida de su difunto hermano. Sencillamente, se había ofrecido a ayudarla para tener el hijo que tanto deseaba.

Era pura y simplemente por el niño.

Pero eso significaba que sería padre y la verdad era que cuanto más lo pensaba más le gustaba la idea.

Por supuesto, ayudaría a Lucy con sus gastos: el colegio, la ropa, todo lo que hiciera falta. ¿Y quién sabía? Tal vez algún día el niño se interesaría por Tambaroora… si aún seguía siendo de su familia.

Pero lo más importante era que el niño sería muy afortunado por tener a Lucy como madre.

Will había salido con muchas mujeres, pero no se le ocurría ninguna mejor que Lucy McKenty como madre de su hijo.

Y, en realidad, no era una idea tan absurda. Ser amigo de la madre de tu hijo era mucho mejor que algunas de las situaciones familiares de las que sus amigos se habían quejado tantas veces en la universidad.

Pero los detalles de la concepción del niño…

Will se detuvo, pensativo, arrancando otra brizna de hierba para

mordisquearla.

Lo viera como lo viera, acostarse con Lucy era un tema espinoso. Claro que seguramente ella no estaría de acuerdo en que se acostaran juntos. Aparte de ser el hermano del hombre con el que había estado a punto de casarse, y aparte de su amistad, Lucy seguramente preferiría una solución más práctica.

Aunque lo había intentado una vez y no había funcionado.

Y eso lo devolvía a la segunda alternativa: acostarse con Lucy.

Y aún podía recordar aquel beso en el porche…

Debería haberlo olvidado. De hecho, había intentado olvidarlo, pero recordaba cada detalle de esos minutos tan dulces… el calor de su cuerpo, que su pelo olía a flores y sabía a tentación.

Sí, una inseminación sería la solución más sensata para todos.

Lucy volvía hacia su camioneta como si estuviera en las nubes. No podía creer que Will se hubiera tomado en serio su sugerencia. Era asombroso que de verdad estuviera dispuesto a hacerlo.

Y no podía negar que era una tentación. ¿Tentación? No, mucho más que eso: la idea de tener un hijo con Will era maravillosa.

Acostase con él, sin embargo, no lo era. La mera idea la llenaba de ansiedad.

Había querido a Will durante tantos años que era como una enfermedad crónica a la que se había acostumbrado. Pero acostarse con él sería como bailar al borde de un precipicio.

Si una inseminación artificial fuera más sencilla…

La primera vez no había funcionado. Todo el procedimiento, las inyecciones y el fastidioso tratamiento, por no hablar de los gastos y el hecho de que, si quería volver a intentarlo, la pondrían en una lista de espera, era sencillamente horrible.

Lucy no dejaba de darle vueltas. Primero rechazaba la idea de tener un hijo con Will, luego buscaba desesperadamente una manera de hacerlo.

¿Podría funcionar?, se preguntó.

Entonces recordó lo que había sentido al verlo en el ensayo de la boda, con Mia en brazos. Sólo con pensar en ello sus ojos se llenaban de lágrimas. Sí, Will sería un padre fabuloso.

Mientras preparaba la cena no dejaba de darle vueltas al asunto. Y cuando vio su reflejo en el cristal de la ventana le sorprendió ver que una lágrima rodaba por su rostro.

Pero en ese momento supo que no tenía elección: quería que Will fuera el padre de su hijo más de lo que había deseado nada en su vida.

La existencia de ese precioso niño era mucho más importante que el método por el que lo concibieran.

Sí, al día siguiente le diría a Will que había tomado una decisión.

A la mañana siguiente, sin embargo, recibió una llamada telefónica que lo cambió todo.

—¿Estoy hablando con la veterinaria?

—Sí, soy yo —contestó Lucy.

—Soy Barney May y necesito que venga a ver a mis ovejas. Cuatro de ellas se han puesto enfermas.

Lucy contuvo un suspiro.

—Muy bien.

—¿Puede venir ahora mismo? Si lo que tienen es algo contagioso, no quiero que se lo peguen a las demás.

—Espere un momento, tengo que mirar mi agenda —Lucy miró su diario de consulta: problemas oculares, algunas vacunaciones y chequeos generales a cachorros y gatitos, nada que su ayudante no pudiese atender—. Llegaré en una hora, señor May.

—Ya sabe dónde vivo, ¿no?

Una hora después, Lucy descubrió lo que temía: las ovejas tenían patera. Y se había extendido desde la propiedad vecina gracias a una verja rota.

Después de tratar las patas de las ovejas enfermas con sulfato de cobre siguió con su inspección y descubrió que la enfermedad se estaba extendiendo más allá de la granja de May, gracias a otro granjero que tampoco reparaba sus cercas.

Lo cual podía ser un desastre para Willowbank.

Y, además, significaba una semana de duro trabajo. Su ayudante tendría que encargarse de la clínica mientras ella viajaba por la comarca, visitando las granjas.

Cada jornada era agotadora y cuando llegaba a casa tenía que encargase de los problemas que su ayudante no había podido solucionar. Y cuando por fin podía meterse en la cama estaba demasiado agotada como para mantener una larga y complicada conversación telefónica con Will.

Y como la granja de los Carruthers estaba justo en el lado contrario a donde había empezado la infección, hasta el viernes no pasó por Tambaroora.

Era una propiedad preciosa, con grandes prados que llegaban hasta el río y una enorme casa justo en el centro, rodeada por un oasis de verdor. Lucy nunca podía pensar en Tambaroora sin ver el jardín lleno

de flores: jazmín, lavanda y romero.

Cuando llegó, Will y su padre ya habían hecho una primera inspección del ganado y, según ellos, estaban en buenas condiciones, pero Lucy tenía que comprobarlo por sí misma.

Will volteó a las ovejas que habían seleccionado y las sujetó mientras ella examinaba las pezuñas.

—Para ser alguien que no se ve a sí mismo como un hombre de campo se te dan muy bien las ovejas —bromeó.

—Will nos ha sorprendido a todos —dijo su padre—. No sabíamos que lo llevara en la sangre.

Él sonrió mientras su padre se alejaba para atender a una oveja que había parido recientemente.

—Lo digo en serio —rió Lucy—. No a todos los granjeros se les da tan bien manejar a los animales.

—A lo mejor estaba intentando impresionarte.

Ella levantó los ojos al cielo, en parte para disimular los nervios. Porque iba a decirle que había tomado una decisión sobre el niño.

Lucy tenía el estómago encogido mientras Will la acompañaba a la camioneta unos minutos después.

—¿Tienes prisa? Yo esperaba que charláramos un rato.

—¿Sobre el niño? —le preguntó ella.

—Sí, lo he estado pensando mucho.

El corazón de Lucy dio un salto dentro de su pecho. Si iba a decirle que no tendría que lidiar con la desilusión, aunque no sabía cómo. Lo había pensado tanto que ya casi podía ver la carita de su hijo.

Gracias a Will podría ser madre. Al fin. Pero si le decía que no…

Lucy hizo un esfuerzo para sonreír y mostrarse serena mientras le preguntaba:

—¿Y qué has decidido?

Capítulo 6

Los ojos de Will parecían de plata bajo los últimos rayos del sol, tan bonitos que Lucy se quedó sin aliento.

—Me gustaría que siguiéramos adelante —contestó él por fin—. Creo que deberíamos intentar tener un hijo.

—¿De verdad?

—¿Tú también estás decidida?

—Sí, lo estoy.

Will sonrió.

—¿Por qué no vamos a dar un paseo? —sugirió, señalando un grupo de árboles al final del camino.

—¿Por el río otra vez?

—¿Por qué no?

Sí, era cierto, siempre había sido su sitio.

Mientras paseaban Lucy le contó lo que había hecho esa semana, intentando permanecer serena y disfrutar de la belleza del atardecer.

Podía oír el canto de las cigarras y veía el sol hundiéndose como un globo de oro en el horizonte detrás de los campos de trigo… pero tenía los nervios agarrados al estómago.

Era ridículo estar tan nerviosa, pero ahora que habían acordado seguir adelante con el plan tenían que solucionar los detalles más delicados, como el método de concepción.

¿Cómo le decía una chica a un hombre guapísimo, un hombre que le había gustado desde siempre, que había sopesado los pros y los contras y había decidido acostarse con él?

Cuando se acercaban al río vieron dos águilas sobrevolando su nido, sobre la copa de un árbol.

—Espero que no quieran cenarse alguna de mis ovejas —bromeó Will.

Lucy debería haber contestado, pero tenía un nudo en la garganta.

Allí todo era tan tranquilo. Demasiado tranquilo. Los pájaros habían dejado de cantar y era como si el mundo entero se hubiera detenido para escuchar su conversación.

—Necesitamos lluvia —dijo Will—. El nivel del agua está bajando.

¿Lluvia? ¿Cómo podía hablar de la lluvia?

—Ahora hablas como un granjero.

Él hizo una mueca.

—Espero que no.

Lucy se aclaró la garganta.

—Will, sobre los detalles…

—Yo creo que tienes razón.

Habían empezado a hablar a la vez y los dos se quedaron callados,

riendo.

—Tú primero —dijo él.

—No, termina lo que ibas a decir. ¿Sobre qué tengo razón?

—Sobre la inseminación artificial. Sé que es lo que tú prefieres y me parece bien.

—¿Ah, sí?

Horrorizada. Lucy se dio cuenta de que no había podido disimular cierta decepción.

Pero Will se encogió de hombros.

—Entiendo que es lo más lógico y estoy dispuesto a ayudarte.

—Ah, muy bien.

—Pensé que te alegrarías.

—Claro que me alegro. Estoy… estoy muy contenta, de verdad —dijo ella. En realidad, no podía creer la ola de tristeza que la invadía de repente—. Es que estoy sorprendida. Llevo toda la semana preocupada, pensando que ibas a echarte atrás.

—¿Y qué ibas a decir tú sobre los detalles?

—No, nada, da igual.

—¿Por qué da igual?

—No, en serio, es genial que quieras ayudarme y te estoy muy agradecida.

Will la miraba, como intentando leer en sus ojos…

—¿No me digas que pensabas… en la otra opción?

—No, no. Si tú quieres que sea por inseminación artificial, me parece estupendo.

—No he dicho que yo lo quisiera. Estaba intentando ver el asunto desde tu punto de vista… pensé que era lo que tú preferirías.

—Gracias —Lucy se mordió los labios para no decir nada más.

—¿O te preocupa la inseminación? Sé que no funcionó la última vez.

—La verdad es que no me apetece mucho tener que pasar por ello otra vez…

—La alternativa es mucho más sencilla.

—En cierto sentido, sí —Lucy sabía que debía de estar colorada hasta la raíz del pelo.

Y, para su sorpresa, también Will se había sonrojado.

—Mira, ¿porqué no nos sentamos ahí? —sugirió él, señalando una roca a la orilla del río.

—Muy bien.

A pesar de estar a la sombra de los árboles la piedra aún conservaba el calor del sol y se sentaron con los pies colgando sobre las aguas verdes del río. Se habían sentado así muchas veces, años

antes, cuando eran compañeros de instituto.

Qué inocente le parecía ese tiempo ahora.

Entonces recordó una tonta canción de su infancia: *Primero te gusta, luego el matrimonio, luego los hijos con el guapo novio.*

Will y ella le habían dado la vuelta a la canción, desde luego.

Nerviosa, tomó una hoja que había caído sobre la piedra y empezó a darle vueltas con los dedos.

—¿Estamos locos, Will? ¿Es una locura tener un hijo sin estar enamorados?

Vio que él tragaba saliva mientras tiraba una piedrecilla al agua.

—No lo creo. Si uno está seguro de lo que quiere…

—Yo quiero tener un hijo y me gusta que tú seas el padre.

—Pero el sexo es un problema —dijo Will, con voz ronca.

—Podría serlo —Lucy se concentró en la hoja que tenía en la mano.

—No te preocupes, sé que no soy Josh.

Ella levantó la cabeza, sorprendida. No había pensado en Josh para nada…

Pobre Will. ¿Creía que iba a tener que estar a la altura de algún ideal romántico?

Si supiera la verdad…

Pero si le decía lo que sentía por él, se preocuparía aún más.

No, aquél era un plan muy poco convencional para concebir un hijo y sería mejor si se portaban como amigos.

Lucy miró la mano de Will, apoyada en la piedra. Era una mano grande, masculina, de dedos largos. Sin pensar, puso la suya encima.

—Yo no quiero que seas como Josh, pero… es que normalmente los amigos no se acuestan juntos.

—Pero podrían hacerlo como un medio para llegar a un fin. El mejor fin de todos.

Lucy miro al cielo.

Un medio para llegar a un fin. El mejor fin de todos.

Un hijo.

—Es una bonita manera de decirlo —murmuró, imaginando a un niño en sus brazos. Casi podía sentir su peso, la cabecita apoyada contra su pecho, ver sus manitas. ¿Serían como las de Will?, se preguntó.

—¿Qué te parece?

Ella asintió con la cabeza, pensativa.

—Tienes razón, es un medio para llegar a un fin. Y sería mejor si lo viéramos de una manera estrictamente clínica.

—¿Cómo?

—Puedo comprar un test de ovulación —dijo Lucy, un poco más segura de sí misma—. Tendría que saber cuándo estoy ovulando…

Will la miró, sorprendido.

—Sabes que una mujer es fértil sólo durante unos días al mes, ¿no?

—Sí, claro —contestó él—. Bueno, ¿y qué pasará cuando todo esté funcionando? ¿Me enviarás un mensaje de texto? O podrías poner una banderola verde en tu puerta.

Lucy rió, aliviada.

—¿Por qué no pongo un cartel en la oficina de correos?

Will rió también.

—No, tengo una idea mejor: poner un anuncio en el *Willowbank Chronicle*.

De repente, era como en los viejos tiempos. La risa siempre había sido parte de su relación.

—¿Qué tal si contratamos a Frank Pope para que lo escriba en el cielo con su avioneta? *Will Carruthers, esta noche es la noche*.

Riendo, Will se rascó el mentón.

—Eso es demasiado personal. ¿Qué tal un mensaje en código?

—A ver, algo como… la gallina está clueca.

—En tu caso, sería la patita.

—Ah, sí, una patita clueca.

Aquella conversación era ridícula, pero también terapéutica. Era estupendo poder bromear sobre un tema tan espinoso.

La ansiedad seguía ahí, bajo la superficie, pero se sentía mucho mejor mientras miraba el cielo entre una maraña de armas.

Will y ella tendrían que estar relajados si querían que el plan funcionase. Y tal vez todo saldría bien si podían mantener el sentido del humor.

El móvil de Will sonó una semana después, cuando estaba desayunando con sus padres. Y cuando vio en la pantalla el nombre de Lucy sintió como si lo hubieran golpeado en el pecho.

—Perdonad un momento —se disculpó—. Tengo que contestar.

Con el corazón acelerado, salió al porche y cerró la puerta.

—Buenos días.

—Hola, soy Lucy.

—¿Cómo estás?

—Bien, gracias.

Después de eso hubo un incómodo silencio, roto sólo por la risa de la kookaburra y el pitido de la tetera en la cocina.

—Quería saber si estabas libre esta noche para… cenar juntos.

—¿Esta noche?

—Sí, esta noche. ¿Podría ser?

Will estaba temblando, lo cual era absurdo. Toda aquella semana estaba siendo absurda. Había estado nerviosísimo esperando la llamada de Lucy. E incluso había ayudado con las ovejas, para asombro de su padre. La verdad era que disfrutaba del trabajo, aunque al principio sólo había hecho la oferta para mantenerse ocupado, para dejar de pensar en Lucy.

—Sí, claro —dijo ahora, alejándose un poco de la casa—. Cenar juntos estaría muy bien. Llevaré una botella de vino. ¿Qué prefieres, tinto o blanco?

—Voy a hacer lasaña, así que tal vez tinto.

—¿Lasaña? Qué rica —sonrió Will. Que él supiera, la cocina nunca había sido el punto fuerte de Lucy, pero tal vez había aprendido con los años—. Tinto entonces.

—¿Nos vemos alrededor de las ocho?

—Allí estaré.

—Muy bien.

—Oye, Patita.

—¿Sí?

—¿Este es…?

—Sí —respondió ella, antes de que pudiera terminar la frase.

Will tragó saliva.

—Muy bien. Nos vemos a las ocho.

Will volvió a la cocina fingiendo una despreocupación que no sentía.

—No cenaré en casa esta noche —le dijo a sus padres.

—¿Vas a salir? —sonrió su madre—. Me alegro mucho, hijo. Está bien que salgas con tus viejos amigos.

Su madre siempre se alegraba de que saliera con alguien porque aún no había perdido la esperanza de ser abuela.

El padre de Will, sin embargo, parecía más sorprendido que contento. Era la primera vez que pasaba más de una semana en Willowbank desde que terminó la carera y Will sabía que temía que volviera a marcharse en cualquier momento.

Pero los niños de Gina y Tom serían bautizados en cuanto Mattie y Jake volvieran de su luna de miel y ésa era una excusa excelente para quedarse.

Mientras terminaba sus huevos con beicon se preguntó qué pensarían sus padres si supieran que estaba dispuesto a ayudar a Lucy McKenty a quedarse embarazada antes de marcharse otra vez.

Media hora antes de las ocho, la cocina de Lucy parecía la escena de un crimen. Era un caos, con cáscaras de huevo, restos de verduras y harina por todas partes.

Quería que todo fuese tan perfecto esa noche que incluso había comprado un horno nuevo. Y se había tomado la tarde libre para tener la cena preparada.

Pero, por el momento, sólo una parte de la cena tenía un aspecto apetitoso: la piña con sirope de ron, que era la mitad del postre.

¿Cómo había podido pensar que sería capaz de hacer un pastel de crema además de lasaña? Ella nunca había sido una gran cocinera y esos platos eran demasiado complicados.

Pero ahora, gracias a Dios, todo estaba en el horno, de modo que sólo quedaba limpiar la cocina y poner la mesa, además de ducharse, cambiarse de ropa y pintarse un poco. Había querido cortar unas flores del jardín para ponerlas en un jarrón, pero había tardado más de lo que pensaba en hacer la cena.

No iba a estar lista a tiempo.

Bueno, en fin, los hombres nunca se fijaban en las flores.

Nerviosa, empezó a limpiar la encimera, tirándolo todo de cualquier manera en el lavaplatos para colocarlo más tarde.

Más tarde.

Oh, no, no debía pensar en eso.

Lo único bueno de estar tan ocupada era que no había podido pensar en la razón para esa cena. Pensar en lo que, supuestamente, iba a pasar después de la cena hacía que estallasen fuegos artificiales en su interior.

De modo que se duchó a toda prisa, usando su gel favorito con aroma a jazmín, y se afeitó las piernas para que estuvieran suaves.

Afortunadamente tenía el pelo corto, de modo que se limitó a secarlo con la toalla y ponerse un poco de espuma.

Luego se puso un vestido. Solía llevar vaqueros para trabajar y no usaba vestidos a menudo, pero aquél era bonito, con un estampado de flores verde y blanco y un volantito bajo el pecho. Le quedaba bien y se sentía cómoda con él.

Un poquito de perfume, brillo en los labios, un toque de máscara en las pestañas…

Un coche se detuvo en la puerta.

Lucy se quedó inmóvil, sintiendo un millón de mariposas volando como locas en su estómago.

Y cuando oyó unos firmes pasos en la entrada se le doblaron las piernas. Aquello era una locura.

«Sólo es Will, no Jack el destripador».

Desgraciadamente, ese pensamiento no era tan tranquilizador como debería.

«Concéntrate en la cena. Lo primero es lo primero. Ve paso a paso».

No valía de nada. Seguía temblando mientras abría la puerta.

Will iba vestido de manera informal, con vaqueros y una camisa blanca con las mangas subidas hasta el codo. Estaba guapísimo, tan masculino que Lucy tuvo que respirar profundamente para llevar aire a sus pulmones.

—Bonito vestido —sonrió.

—Gracias.

Lucy se permitió un momento de fantasía en el que Will era su novio y planeaba un futuro con ella y con su hijo.

Pero enseguida borró esa absurda visión. Durante los últimos diez años había borrado esa visión bastantes veces, de modo que tenía práctica.

La realidad, su realidad, era un conveniente y practico acuerdo. Era absurdo esperar algo más. Además, se sentía increíblemente agradecida por su ayuda. Era la mejor, tal vez la única, oportunidad de ser madre.

—Algo huele muy bien.

—Espero que sepa bien. Venga, entra.

Había decidido que cenarían en la cocina, esperando que la simplicidad de la decoración rústica la ayudase a permanecer serena.

Pero ese plan se había ido por la ventana porque estaba de los nervios.

—Siéntate, Will —le dijo, señalando una silla frente a la mesa de pino—. Puedes abrir el vino si quieres. Yo voy a ver cómo va la lasaña.

Lucy abrió la puerta del horno. «Concéntrate en la comida».

Y se le encogió el corazón. No, no, no.

La tarta de crema, que debía de ser tan suave como la seda, tenía grumos, como unos huevos revueltos.

Y la lasaña tenía aún peor aspecto. ¿Cómo podía haber pasado?

Su lasaña era una obra de arte cuando la metió en el horno; una sinfonía de capas: queso cremoso, salsa de tomate, pasta con tomates rojos y carne guisada.

Ahora el queso había desaparecido misteriosamente y las preciosas capas estaban secas y de color parduzco, encogidas como si fueran cartón arrugado…

Era un desastre total.

—No me lo puedo creer —murmuró, deprimida. Había estado horas y horas haciendo la lasaña y en ese momento no había manera de salvarla.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Will.

Intentando controlar las lágrimas, Lucy se volvió.

—No lo sé. He seguido las instrucciones del libro de cocina —suspiró, poniéndose los guantes para sacar la bandeja—. Pero tiene un aspecto asqueroso.

—Seguramente sabrá bien —dijo él galantemente.

Lucy tenía ganas de llorar.

—No sabes cómo lo siento —se disculpó—. Pero han abierto una pizzería en el pueblo, deberíamos ir allí.

—No, no te preocupes. Seguro que está rica.

Con las manos en las caderas, Lucy miró el horno.

—No puedo creer que me haya gastado tanto dinero en un horno nuevo para esto.

—Seguramente tendrás que acostumbrarte —dijo él, mirando los mandos.

Lucy siguió la dirección de su mirada y sólo entonces se dio cuenta de que los mandos eran diferentes de los del antiguo horno.

—¡Porras! He puesto el *grill* en lugar del botón para hornear.

Había estado distraída, ése era el problema. No dejaba de pensar en la razón de la cena y la falta de concentración había arruinado sus esfuerzos.

Pero entonces empezó a reírse. Estaba tan tensa, tan desesperada por hacerlo bien que ahora sólo podía reírse a carcajadas.

Era eso o llorar y no pensaba llorar.

Will le pasó un brazo por los hombros en un gesto afectuoso y la risa desapareció como si hubiera apretado un botón.

—Bueno… —consiguió decir intentando recuperar la compostura —. Si vamos a probar este desastre, será mejor que ponga la mesa.

Will abrió la botella de vino y lo sirvió en dos copas mientras ella sacaba la ensalada de la nevera. Al menos la ensalada tenía buen aspecto, pensó. Luego tomó un cuchillo para cortar la lasaña y le sorprendió que se cortara tan fácilmente, sin perder la forma. Y por dentro tenía buen aspecto. En fin, era algo.

—Ya te dije que sabría bien —sonrió Will después de probarla.

Y era cierto. El interior de la lasaña no se había quemado.

Después de tomar un sorbo de vino, Lucy empezó a relajarse un poco.

—¿Has rescatado alguna serpiente más?

Ella negó con la cabeza.

—No, pero he descubierto quién la dejó en mi puerta.

—¿Quién?

—Uno de los profesores del instituto. Por lo visto, la atropelló con el cortacésped sin darse cuenta. Va a cuidar de ella durante una semana, hasta que esté curada del todo, y luego la soltará cerca del río.

Siguieron charlando un rato sobre el trabajo de Lucy y ella le dio la buena noticia de que la patera no se había extendido como temía.

—¿Qué has hecho tú? Me han dicho que te han visto con las ovejas.

—Ah, veo que las noticias vuelan en Willowbank.

—Vi a tu padre en el pueblo el otro día y parecía muy contento. Me dijo que no habías olvidado nada.

Will se encogió de hombros.

—Me alegro de que esté contento.

—Ya te dije que se te daban bien los animales.

—¿Ahora estás intentando convertirme en granjero?

—No, no —sonrió Lucy—. ¿Has seguido buscando trabajo?

—Tengo una entrevista en la universidad de Armidale la semana que viene.

—Buena suerte —dijo ella. Aunque sabía que no se quedaría en Willow Creek.

—Gracias.

Will se sirvió un poco más de lasaña, pero Lucy estaba tan tensa que no podía comer. No sabía si debía ofrecerle el postre, pero él insistió en probar las natillas y la piña y le aseguró que estaban riquísimas.

—Eres muy amable. En fin, al menos tenía todos los ingredientes…

—Y eso es lo que cuenta.

Algo en su forma de decir la frase hizo que Lucy se preguntara si estaba hablando de algo más que la comida. Y las mariposas en su estómago se volvieron locas.

En un mundo perfecto, la gente concebía niños por amor, pero aquella noche Will y ella iban a concebir uno, si tenía suerte, por amistad.

«Deje sus emociones en la puerta, por favor».

No sabía si ella podría hacerlo, pero si quería un hijo, tendría que fingir que aquello era normal.

Las cigarras cantaban sin parar, como hacían siempre al caer la tarde, creando un coro ensordecedor mientras se llamaban las unas a las otras. Lucy inclinó a un lado la cabeza.

—Esas cigarras son como nosotros.

—¿Qué?

—Mira, escúchalas. Esperan hasta que faltan diez o quince minutos para que se ponga el sol, hasta que es casi demasiado tarde para encontrar a sus parejas. Y luego se mueren de miedo pensando que no van encontrarlas y se llaman a gritos…

Will lió mientras volvía a llenar sus copas.

—Una idea muy original.

Una imagen apareció en la cabeza de Lucy de repente: la camisa blanca de Will deslizándose por sus anchos hombros, el vaquero cayendo al suelo…

Nerviosa, tuvo que tomar un trago de vino.

—Todo sería mucho más fácil si fuéramos extraterrestres.

Él estuvo a punto de atragantarse.

—¿Perdona?

—Ya sabes, como en las películas. Cuando los extraterrestres desean tener un hijo sólo tienen que tocarse con un dedo. O lo hacen por telepatía y… ¡zas!, un niño con un solo ojo.

Will se levantó, sacudiendo la cabeza. Pero ya no sonreía mientras llevaba los platos a la encimera.

Sorprendida por tan brusco cambio, Lucy lo miró con una mezcla de nervios y anhelo. Las largas piernas, los anchos hombros… todo en él era tan deseable.

—¿Quieres que guarde las sobras en la nevera?

Guapo, deseable y dispuesto a ayudar en la cocina. Estaba tan ocupada admirando a Will que casi olvidó que aquélla era su cocina y, supuestamente, debía ser ella quien se encargase de recoger los platos.

—A mis perros les encantará desayunar pastel de crema —sonrió, levantándose.

Después de adecentar la cocina, Will tomó la botella de vino y las copas.

—¿Por qué no nos ponemos cómodos?

—¿Cómodos? —repitió ella, tragando saliva.

—Si seguimos hablando de cigarras y extraterrestres, al final vas a convencerte de que ésta no ha sido una buena idea, Patita.

Sí, bueno, tenía razón.

—¿Dónde quieres que vayamos?

—Había pensado que podríamos ir a… tu dormitorio.

Lucy tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para disimular la sorpresa.

—¿Tan pronto?

—Venga, no hay por qué asustarse —Will estaba sonriendo mientras tomaba su mano—. ¿Por dónde se va?

—Mi habitación es la primera a la derecha —Lucy no podía dejar de mirar sus manos unidas mientras iban por el pasillo.

«Piensa en el niño. No te enamores».

Él se detuvo en la puerta.

—Muy bonito —comentó, admirando el nuevo edredón de color gris plateado con almohadones a juego.

En realidad, lo había elegido porque el color se parecía a los ojos de Will.

Lucy se alegraba de haber dejado encendidas las lámparas y cerradas las nuevas cortinas. La habitación tenía un aspecto muy acogedor, no demasiado femenino. Resultaba elegante, atractiva.

Will dejó la botella y las copas sobre una de las mesillas y tomó su mano.

La boca de Lucy estaba tan seca como el desierto del Sahara. ¿Cómo podía parecer tan tranquilo?

Nerviosa, miró sus zapatos, pensando que iba a quitárselos de un momento a otro, junto con el resto de su ropa. Podía imaginar sus hombros, sus bíceps, aquel torso ancho tan masculino…

Era guapísimo, pero sólo estaba haciendo aquello para ayudarla, sólo lo hacía como amigo. Ella no le gustaba, siempre lo había sabido.

Y si lo dudaba alguna vez, sólo tenía que recordar que la había besado durante su fiesta de despedida y se había marchado después, como si no hubiera pasado nada. Ahora tendría mucha más experiencia con las mujeres, además.

Y hacía años que ella no tenía novio. ¿Por qué había dicho que sí?, se preguntó, angustiada. ¿Cómo podía haber pensado que sería capaz de hacerlo?

—Will, me parece que no…

—No pienses más.

Nerviosa, Lucy miró sus manos unidas, observando cómo la acariciaba con el pulgar. Se preguntó entonces si debería advertirle que tenía miedo… miedo de no estar a la altura. Miedo de enamorarse.

Pero no. Él se mostraba tan seguro, tan tranquilo. Seguramente no lo entendería. Además, podría asustarlo.

—Yo quiero que el niño sea como tú —dijo Will entonces.

—¿De verdad? ¿Por qué?

—Porque eres dulce, inteligente, generosa.

—Tú también eres todo eso.

Will tocó su clavícula y ella contuvo el aliento mientras deslizaba el dedo por su cuello. Su pulso se detuvo cuando llegó a la base de su garganta.

—Cualquier niño que te tenga a ti como madre será muy afortunado —su voz era grave, ronca, tocando su piel como una caricia.

La boca de Will estaba tan cerca…

Lucy recordó que una vez se había maravillado de que sus labios fueran tan suaves y sensuales comparados con la áspera textura de su mentón.

Él pasó un dedo por su barbilla y siguió por el óvalo de su cara. Y Lucy contuvo el aliento mientras bajaba la cabeza para besar su cuello.

A pesar de la tensión, cerró los ojos al notar su aliento en la cara, la íntima presión de sus labios…

Se le daba increíblemente bien y la tensión empezó a desaparecer bajo la dulce y embriagadora caricia.

—Lucy…

Will acariciaba su cara con besos de mariposa. Pero luego besó su mejilla, rozando la comisura de sus labios, y empezó a temblar.

«Por favor, Will, por favor».

Pero al fin, cuando la besó en los labios, Lucy se olvidó de los miedos, abriendo la boca para él. Will inmediatamente aprovechó para besarla apasionadamente y ella decidió que era demasiado tarde para preocuparse por lo que pensara de ella. Por tener niños o no tenerlos. Sólo quería disfrutar del momento.

Lucy le devolvía los besos, tímidamente al principio, pero con entusiasmo después.

La voz de Will era ronca mientras tocaba las tiras que sujetaban el vestido.

—¿Cómo te quito esto?

—Ah, sí, se me había olvidado… —Lucy recordó que el vestido tenía una cremallera en el costado—. Espera…

—No, deja, lo haré yo.

Enseguida oyó el sonido de la cremallera, sintió que él tiraba de la prenda y, de repente, el vestido cayó a sus pies. No llevaba sujetador y se sintió vulnerable y tímida, pero Will la atrajo hacia sí, envolviéndola en sus brazos.

—Te toca a ti, Patita.

—¿Me toca a mí?

—Quítame la camisa.

—Ah, sí, claro.

No podía dejar de mirar su torso mientras desabrochaba los botones con dedos temblorosos, revelando unos pectorales masculinos que estaba deseando acariciar. Apenas podía respirar mientras

apartaba la tela de sus hombros… y se quedó sin aire al verlo con el torso desnudo. Siempre había sabido que era un hombre muy hermoso, pero había olvidado cuánto.

Will volvió a besarla mientras la llevaba hasta la cama, tumbándose a su lado, sus piernas enredadas.

Valientemente, Lucy deslizó los dedos por su torso y sintió los latidos de su corazón. Cerrando los ojos, se dejó llevar por las sensaciones mientras él besaba su cuello, sus hombros.

Cada caricia, cada roce de sus labios, le parecía perfecto, maravilloso.

De repente, sintió que una lágrima se deslizaba por su mejilla pero sonrió, sabiendo que eran lágrimas de felicidad.

¿Cómo podían ser otra cosa? Aquél era su hombre, su apasionado y guapísimo Will, y por fin estaba viviendo su sueño.

Capítulo 7

Will se retiró hacia el borde de la cama, atónito por lo que acababa de ocurrir. Había sabido desde el principio que hacer el amor con Lucy sería un placer, pero no había esperado que lo enviaje a los límites del universo.

Y sentía el deseo de preguntar: ¿esto lo cambia todo?

Pero ésa sería una charla de amantes y Lucy esperaba amistad. Nada más.

No dejaba de darle vueltas mientras ella estaba muy quieta, con las rodillas dobladas y la cabeza apoyada en la almohada. Tenía un aspecto tan angelical con los rizos dorados y la sábana blanca hasta la barbilla…

—No debo moverme.

—¿Por qué no puedes moverte?

—Quiero que tus espermatozoides tengan todas las oportunidades posibles de llegar al óvulo.

Will sonrió al ver el brillo de esperanza en sus ojos azules, pero era una sonrisa inquieta.

Resultaba difícil creer que aquella locura hubiera sido idea suya. Una idea absurda por completo.

Lucy estaba bromeando cuando sugirió aquello, pero él lo había convertido en algo real. Claro que entonces ni se le hubiera ocurrido que hacer el amor con Lucy pudiera poner su inundo patas arriba.

¿Era así como había sido para Josh?

Will sacudió la cabeza, obligándose a sí mismo a recordar por qué lo habían hecho.

—Entonces supongo que ahora sólo es cuestión de esperar.

Lucy asintió.

—A menos que me baje el período en un par de semanas.

Tan seca, tan práctica.

Dos semanas eran una vida entera para Will.

—Entonces esperaré a que vuelvas a llamarme. Y, con un poco de suerte, para darme una buena noticia.

—Gracias, Will —sonrió Lucy. Una lágrima rodaba por su rostro y, tontamente, él pensó en una gota de lluvia sobre un pétalo de rosa.

—¿Estás bien, Patita?

—Sí, estoy bien.

Will se levantó para ponerse los pantalones.

—¿Quieres una taza de té o algo?

—No —dijo ella, un poco sorprendida—. ¿Por qué?

—Había pensado que, si vas a estar ahí tumbada un rato, tal vez te apetecería tomar algo.

—Bueno, si quieres… una taza de té estaría bien.

Will fue a la cocina a calentar agua y cuando estaba buscando las bolsas de té se fijó en un cristal de color incrustado en la ventana.

Fuera estaba oscuro, de modo que no podía distinguir bien el color, pero parecía azul. Sí, era un cristal azul…

El cristal que él le había regalado el día que se graduaron en la universidad para recordarle los días en los que iban al río a buscar «zafiros».

Lucy siempre se había mostrado fascinada por esa piedra que cuando se ponía a la luz dejaba de ser negra para volverse de un azul brillante.

Lo mismo ocurriría cuando el sol diese en la ventana.

Pero no había esperado que conservase su regalo durante tantos años o que lo colocase en un lugar prominente de la casa, como si fuera algo importante.

Will miró alrededor, intentando adivinar cuáles de las cosas que había en la cocina podrían ser un regalo de su hermano…

Lucy consiguió no llorar hasta que Will se marchó. Hasta que lo oyó cerrar la puerta y luego sus pasos en el camino de la entrada.

Pero cuando por fin arrancó la camioneta no pudo contenerse más.

La taza de té que Will le había hecho estaba sin tocar sobre la mesilla mientras dos gruesas lágrimas rodaban por su rostro.

Debería haberlo imaginado.

Debería haber sabido que aquello iba a ser un terrible error. Debería haber sabido que Will Carruthers le rompería el corazón.

Angustiada, tuvo que enterrar la cara en la almohada para contener los sollozos, pero nada podía contener la tormenta que había estallado en su interior.

Amaba a Will, lo amaba, lo amaba, lo amaba.

Siempre lo había amado y había destrozado su vida prometiéndose con su hermano para ponerlo celoso. Se sentía tan culpable por ello…

Incluso ahora, los recuerdos de ese error lanzaban sombras sobre lo que había ocurrido esa noche.

Casi dos semanas después. Lucy compró una bolsa de regaliz. La había guardado en el carro por impulso, casi sin darse cuenta, mientras hacía la compra semanal. Sólo cuando estaba colocando las cosas en la despensa se dio cuenta de lo que eso significaba.

Ella sólo experimentaba el deseo imperioso de tomar algo dulce el día antes de que le bajase el período.

Y eso quería decir…

No.

No, no, no.

No estaba embarazada.

Había estado tensa toda la semana, alerta ante cualquier señal de su cuerpo, pero no había habido síntoma alguno. Ni cansancio, ni hinchazón en el pecho.

Y ahora tenía dolores menstruales.

Pero no podría soportarlo si le bajase el período. Ella deseaba tanto estar embarazada…

Aquella semana había ayudado a traer al mundo a cinco cachorros de pastor alemán y dos gatos persas. Y cada vez que sacaba a uno de ellos del vientre de su madre casi imaginaba a su hijo formándose en su interior…

Había imaginado todo el embarazo en detalle. Incluso el parto y la alegría de Will. Se había imaginado a sí misma llevando al recién nacido a casa y viéndolo crecer hasta que fuera lo bastante grande como para jugar con los hijos de Gina y Tom.

Casi había estado a punto de comprarle un trajecito en la tienda de ropa para bebés de Willowbank.

Tenía que estar embarazada.

Pero ahora, aquella lluviosa tarde de viernes, sentada en el sofá con la bolsa de regaliz en la mano, empezó a sentir un dolor familiar en el bajo abdomen.

Estaba intentando ser positiva y fracasando miserablemente.

Había puesto tantas esperanzas en esa oportunidad…

Porque no podía arriesgarse a otra noche con Will. De verdad necesitaba haber quedado embarazada.

El tiempo parecía haberse detenido para Will.

Pero noviembre era un mes muy ajetreado en una granja de Nueva Gales del Sur de modo que, aunque no podía dejar de pensar en Lucy, tenía muchas tareas con las que mantenerse ocupado.

Ahora que habían terminado de esquilar era hora de recoger el heno y comprar machos de cría para la temporada siguiente.

Will se encontró volviendo a las tareas de su infancia como si nunca se hubiera marchado de la granja y le parecía muy curioso.

En sus viajes había visto paisajes de belleza espectacular, pero sólo allí, en su casa, sentía esa conexión con la tierra.

Seguramente lo llevaría en la sangre, pensaba. Siempre se había sentido orgulloso de que su tatarabuelo, otro William Carruthers, hubiera comprado aquellas tierras en el siglo XIX.

Pero también se encontraba pensando en Josh más a menudo de lo que le gustaría. Su hermano había sido quien todos esperaban se hiciera cargo de la granja como mano derecha de su padre.

Y el hombre que había conquistado el corazón de Lucy.

Will recordaba aquella fatídica mañana en la que Josh lo había despertado muy temprano, anunciando que iba a pilotar la avioneta en la que llevaba tanto tiempo trabajando.

Pero era demasiado pronto. Will sabía que el inspector del club aeronáutico aún no le había dado el visto bueno, pero Josh había insistido.

—No pienso esperar a ese pesado. Yo sé que la avioneta está lista para volar —había insistido—. Hoy es el gran día, Will. Hace una mañana perfecta para el primer vuelo, además. Lo siento, estoy convencido.

Will había ido con él a regañadientes, sobre todo para que Josh no hiciese ninguna tontería. Mientras iban hacia la pista de Willowbank había ido leyendo el manual de vuelo, ansioso por entender todos los procedimientos de seguridad…

—Sigo pensando que deberías esperar —le dijo cuando llegaron al hangar.

—No seas pesado —había respondido su hermano—. Acepta que tú y yo somos diferentes. Yo siempre hago lo que tenga que hacer para conseguir lo que quiero.

—¿Es así como conseguiste a Lucy McKenty? —Will no pudo contener la pregunta que había querido hacer desde que llegó a casa.

Pero Josh soltó una carcajada.

—Pues claro. ¿Qué esperabas? En caso de que no te hayas dado cuenta, Lucy es la chica más guapa de la comarca. No iba a dejarla en la estantería, esperando.

—Lucy no es uno más de tus trofeos.

—Por favor, no irás a ponerte moralista ahora, ¿verdad?

—Será mejor que cuides de ella —le advirtió Will, furioso.

—No te preocupes, ya lo he hecho —se había reído Josh mientras subía a la avioneta—. Siéntate ahí y cállate un poco mientras llevo a esta belleza a dar su primer paseo por el aire.

Una vez más, Will había intentando detenerlo.

—No deberías arriesgarte. Sólo tienes que esperar unos días más para pasar la última inspección.

Pero su hermano no le había hecho caso.

—No seas cenizo, hombre.

—Muy bien, de acuerdo. Pero no pienso quedarme aquí viendo cómo te rompes el cuello.

Desde la cabina, Josh le había gritado:

—¡No te lleves el coche!

—No te preocupes, volveré a casa andando.

Esas fueron las últimas palabras que había intercambiado con su hermano.

La avioneta apenas había despegado cuando, de repente, empezó a caer en picado. Will lo había visto desde la carretera.

Tantas veces durante los siguientes años había lamentado sus actos de esa mañana.

Se había lavado las manos; le había dado la espalda a Josh cuando debería haberle impedido que subiera a la avioneta. Debería haber encontrado la manera de detenerlo.

Claro que nadie, ni siquiera su padre, había sido nunca capaz de detener a Josh cuando decidía hacer algo.

Y Lucy tampoco había podido.

A la mañana siguiente, Lucy supo la mala noticia y le envió un mensaje a Will.

Gracias por tu ayuda, pero no ha habido suerte. No vamos a ser padres.

Se sentía un poco culpable por enviarle un mensaje en lugar de decírselo en persona, pero temía ponerse a llorar si hablaba con él.

Y si sus padres estaban cerca sería muy incómodo para Will tener que lidiar con una mujer que lloraba desconsoladamente y que ni siquiera era su novia.

Pero no le sorprendió del todo cuando él apareció en su casa veinte minutos después.

No lo había visto en dos semanas y cuando abrió la puerta y lo vio allí, con esa sonrisa de pecado, sintió un escalofrío que la recorrió de la cabeza a los pies.

—Veo que has recibido el mensaje.

Will asintió.

—Lo siento mucho, de verdad. Mala suerte.

Lucy consiguió no echarle los brazos al cuello y ponerse a llorar, aunque eso era lo único que deseaba hacer.

En lugar de eso dio un paso atrás, encogiéndose de hombros.

—Qué se le va a hacer. Supongo que tenía que ser así, pero te advierto que hoy estoy un poco deprimida.

—Las hormonas y la desilusión pueden ser una combinación letal —intentó bromear él.

—Sí, claro.

—A lo mejor esperábamos demasiado de una primera vez.

—No sé, tal vez debería hacerme más pruebas. Me da tanto miedo que mis ovarios dejen de funcionar… —Lucy, angustiada, no pudo terminar la frase. Pero antes de que se diera cuenta de lo que estaba pasando Will la envolvió en sus brazos.

—Yo estoy seguro de que tus ovarios están perfectamente. Seguro que son los huevos de patita más sanos y más bonitos que hay en el mundo.

Ella sollozó suavemente sobre la pechera de su camisa.

—Puede que tengamos que ser pacientes.

—¿Pacientes? —repitió Lucy, apartándose—. ¿Qué quieres decir?

—En un par de semanas podremos intentarlo otra vez, ¿no?

No, no podían. No podía hacerlo otra vez. Había sido un error.

—No, me temo que no podemos intentarlo otra vez.

—¿Por qué? No pensarás tirar la toalla después de un primer intento, ¿verdad?

—Mira, Will, tal vez hay que hacer caso a la naturaleza.

—¿Por qué dices eso?

—A lo mejor dos amigos no deben tener hijos.

—Eso no es muy racional.

Lucy negó con la cabeza.

—Siento decepcionarte, pero no podría pasar por eso otra vez.

No, sería un terrible error volver a acostarse con Will. Sería demasiado doloroso sabiendo que sólo era un amigo, que no la quería ni la querría nunca.

—Estás decepcionada ahora mismo y es comprensible, pero seguro que cambiarás de opinión dentro de una semana o dos.

Lucy negó con la cabeza.

—No, Will. No es una decisión tomada a la ligera. Tomé la decisión la semana pasada —le dijo—. Decidí que me olvidaría del niño si no quedaba embarazada.

—Pero eso no tiene sentido.

Si pudiera explicárselo, pensó ella, con los ojos empañados. Pero no podía confesarle que estaba enamorada de él porque eso significaría hablar de Josh y… sencillamente, no podía hacerlo.

Tal vez sería mejor no hablar nunca de ese tema.

Si se olvidaban del plan, podrían dejar atrás el pasado y eso era lo importante.

—Era una buena idea en teoría, pero me temo que no va a funcionar. Podría tardar meses o años en quedar embarazada y los amigos no mantienen relaciones sexuales durante meses o años.

—Pero pensé que de verdad querías tener un hijo.

—Sí, claro que lo quiero, pero… tal vez el sexo es diferente para los hombres, no lo sé.

—Yo no estaría tan seguro —murmuró él.

El corazón de Lucy se aceleró al ver las venas marcadas de sus manos mientras se agarraba al respaldo de una silla.

Pero no debía ceder. Debería haber sabido desde el principio que no iba a poder controlar sus emociones, que no soportaría hacer el amor con Will cuando él sólo podía ofrecerle amistad.

Aun así, una parte de sí misma quería cerrar los ojos para volver a echarse en sus brazos. Quería que la besara, tener un futuro con Will Carruthers, estar en su vida de alguna forma.

—¿Estás segura de que quieres olvidarte del plan?

—Absolutamente segura.

Por un momento pareció que Will iba a decir algo más, pero se limitó a sacudir la cabeza.

—Mira, te agradezco mucho…

—Por favor, no me des las gracias —la interrumpió él, dirigiéndose a la puerta.

Sorprendida por su reacción, Lucy lo siguió.

—Gina me ha invitado al bautizo de los niños. Imagino que nos veremos allí.

—Sí, claro —sonrió él—. Seremos los padrinos estrella.

A Lucy se le ocurrió entonces que el bautizo sería como la boda de Mattie y Jake; otra reunión de amigos y familiares, otro rito ceremonial, otra ocasión en la que Will y ella estarían juntos. Y se preguntó si alguno de los dos estaba deseándolo.

—¿Qué tal la entrevista en Armidale?

—Al final no he ido —contestó él.

—¿Por qué no?

—Cuando pensé en trabajar allí, encerrado en un edificio todo el día, preparando charlas, revisando exámenes, hablando con profesores… me di cuenta de que no era lo mío.

Antes de que ella pudiera responder, Will arrancó la camioneta y le dijo adiós con la mano.

Entristecida, Lucy lo vio alejarse dejando atrás una nube de polvo.

Pronto desaparecería del todo y para siempre, pensó. Ahora,

demasiado tarde, se daba cuenta de que, en secreto, había esperado que consiguiera ese trabajo en Armidale.

Pero al menos Will estaba siendo sincero consigo mismo. Y tenía razón, el puesto de profesor en Armidale no era para él. Alaska o África eran más su estilo. Cualquier sido, mientras estuviera lejos de Willowbank.

El bautizo fue perfecto: los niños con sus trajecitos blancos, un pastor amable, fotos e invitados contentos.

Pero fue una tortura para Will porque Lucy era una constante distracción con su bonito vestido de color gris.

Y la expresión de orgullo en los rostros de Gina y Tom cuando miraban a sus hijos, que se portaron maravillosamente bien, era un recordatorio de su reciente decepción.

La primavera estaba en todo su esplendor, pero Will se sentía como un hombre sobre el filo de una navaja. Lamentaba tanto no poder ayudar a Lucy a conseguir su objetivo de ser madre…

Y le disgustaba tanto que ella no quisiera intentarlo otra vez. De hecho, la profundidad de su decepción lo sorprendía, pero decidió que el problema era su relación con Josh. Él debía recodarle al hombre al que había amado y había perdido trágicamente. ¿Por qué si no se había negado en redondo a volver a intentarlo?

Después de la ceremonia, los Carruthers celebraron un almuerzo en Tambaroora. En el jardín se habían colocado varias mesas largas bajo pérgolas adornadas con olorosas glicinias. Todos ayudaron a llevar la comida de la cocina: bandejas de pescado y carne asada, cuatro tipos de ensaladas diferentes y montañas de bollos recién hechos.

Will charló con los invitados mientras ayudaba a organizar las mesas y Lucy hizo lo mismo pero, aparte de intercambiar un amable saludo, apenas se dirigieron la palabra.

Afortunadamente, nadie más pareció notar la tensión porque todos estaban encantados con los niños o deseando saber cosas sobre la luna de miel de Mattie y Jake en Italia.

El suegro de Gina, Fred Roberts, que estaba hablando con Lucy, lo tomó del brazo cuando pasaba.

—Me alegro de que te hayas quedado unas semanas en Willowbank.

—Gracias.

—Me han contado que has estado en Alaska, África y Mongolia. Tu trabajo debe de ser muy emocionante.

—Es interesante —asintió él, sin mirar a Lucy.

—¿Por qué no disfrutar de la vida mientras puedas? —rió Fred—. Yo también debería haberme ido a ver mundo cuando era joven, pero no lo hice. ¿Cuándo vuelves a marcharte?

—Muy pronto.

Fred le dio una palmadita en el hombro.

—Me alegro por ti. No te quedes por aquí, es demasiado fácil echar raíces en un sitio como éste.

Will miró a Lucy entonces y se dio cuenta de que parecía triste. Y se preguntó si sería el único en darse cuenta del dolor que había en sus ojos cada vez que miraba a los niños.

Al contrario que otras mujeres, Lucy no había tomado a Mia o Jasper en brazos ni una sola vez durante el bautizo.

—¡Lucy, están riquísimos! —exclamó Gina, con un merengue de limón en la mano.

—Gracias —sonrió ella—. Me han salido bien, ¿verdad?

—¿Los has hecho tú? —preguntó Will, sin poder disimular su sorpresa, cosa que lamentó enseguida.

—Sí —contestó ella, levantando la barbilla—. De hecho, incluso he hecho la masa de hojaldre.

—¿Qué quieres decir, Will? —rió su hermana—. ¿Que nuestra Lucy no sabe cocinar?

—No, no, yo…

—Es que cuando estábamos en la universidad, yo era una cocinera espantosa —Lucy salió en su defensa.

Poco después los niños despertaron de su siesta y, mientras Tom levantaba su copa para darle las gracias a Mattie por haberlos concebido, Mia lanzó un alarido de protesta.

—Ah, seguramente habrá que cambiarla —suspiró Gina.

Para sorpresa de Will, Lucy fue la primera en levantarse.

—Deja que lo haga yo.

—Ah, gracias, no pienso rechazar la oferta —rió su hermana.

Will la observó tomar a la niña en brazos para llevarla a la casa y pensó que tenía un aspecto muy elegante con su vestido gris, del color del cielo una mañana de otoño. Su pelo rubio brillaba bajo el sol y la niña era un delicado bultito rosa y blanco entre sus brazos.

Sin pensar en lo que hacía, se levantó también.

—Voy a buscar más champán —murmuró, buscando una excusa para ir con ella.

—No hace falta —dijo su padre—. Tenemos muchas botellas aquí.

—Sí, pero… he dejado dos en el congelador y no quiero que exploten.

Cuando entraba en la casa oyó la voz de Lucy en la habitación que

solía ser la de Gina. Estaba hablando con Mia con esa voz que usaban los adultos cuando hablaban con los bebés. Y, para Will, ese sonido era tan seductor como un canto de sirena.

Pero se detuvo en la puerta, para no molestar. La niña estaba en la cama, moviendo los bracitos y las piernas mientras reía alegremente y Lucy estaba inclinada sobre ella.

No podía ver su cara, pero sí podía oír su voz, tan suave, tan tierna que se le hizo un nudo en la garganta.

—¿Quién es la niña más guapa del mundo?

Mia respondía con risas y gorgoteos.

—¿Quién es la niña más preciosa? ¿Quién es tan gordita y tan dulce que me la podría comer?

Will sintió que se le encogía el corazón al ver a Lucy besando los piececitos de la niña después de ponerle el pañal.

Percatándose de que estaba espiándola como un tonto dio un paso atrás, dispuesto a desaparecer discretamente. Pero justo en ese momento Lucy dejó escapar un gemido y se dobló por la mitad, cayendo de rodillas al lado de la cama…

—Lucy…

No quería asustarla, pero su nombre había escapado de sus labios sin que se diera cuenta. Ella lo miró, pálida y con los ojos llenos de lágrimas. Enseguida intentó disimular, pero ya no era posible.

Will la tomó entre sus brazos, acariciando su pelo mientras ella enterraba la cara en su hombro.

Fue entonces cuando lo supo.

Supo lo profundamente que deseaba tener un hijo.

Y supo cuánto deseaba él ayudarla.

Y, sobre todo, supo que el deseo de Lucy era más grande que su miedo.

—Podemos intentarlo otra vez —le dijo—. ¿Por qué no?

—Sí —asintió ella—. Creo que debemos hacerlo. Por favor, Will, ayúdame.

Y él, sin decir nada, la abrazó con más fuerza.

* * *

Lucy se había calmado unos minutos después y fue al cuarto de baño a lavarse la cara mientras Will se quedaba con Mia.

Era curioso cómo su sobrina se agarraba a él, apoyando la cabecita en su pecho y sujetando su camisa con un puño diminuto.

Will intentó imaginar a una hija o un hijo suyos. Una personita como aquélla. Mia olía de maravilla. Olía a… delicadeza.

Sí, si «delicadeza» fuera una fragancia estaba seguro de que olería como su sobrina. Un olor cálido, precioso, increíblemente dulce.

La niña llevaba puesta la pulserita de oro que le había regalado; una cadenita con corazón que casi desaparecía entre los rolletes de carne de su muñeca. Tenía la piel tan suave como un melocotón.

No, más suave aún.

En fin, ahora entendía por qué los padres querían proteger a sus hijas a toda costa.

—Estás muy guapo con Mia en brazos —sonrió Lucy.

—No tanto como tú —rió él, devolviéndole a la niña—. Huele de maravilla. Si pudiera, embotellaría ese olor.

Lucy se miró en el espejo que había sobre la cómoda.

—Sólo necesito un minuto para arreglarme un poco. Una pena que no haya traído mi neceser.

A él le parecía que estaba perfecta, pero cuando se ofreció a ir al jardín para buscar su bolso, Lucy negó con la cabeza.

—No, es igual. Será mejor que vuelvas a la fiesta. Gina estará preguntándose qué hacemos aquí.

Capítulo 8

Las palabras de Lucy fueron proféticas porque Will apenas acababa de marcharse cuando Gina apareció en la habitación.

—Ah, aquí estás. ¿Has tenido algún problema para cambiarle el pañal?

—No, no —Lucy depositó un beso en la frente de Mia—. Ha sido muy fácil.

—¿Y tú cómo estás? —le preguntó Gina entonces—. Pareces disgustada.

—No, estoy bien.

—Has estado llorando —insistió su amiga.

Lucy intentó sonreír, pero le salió una mueca.

—Oh, no, pobrecita. ¿Qué te pasa, cariño?

—Que estoy verde de envidia, eso es lo que pasa —murmuró Lucy, mirando a Mia—. Me gustaría tanto tener una niña como la tuya.

—Sí, yo sé lo duro que es eso. Te come por dentro, ¿verdad?

Eso era lo bueno de Gina, que no sólo era una buena amiga, sino que de verdad la entendía. Ella había pasado por angustiosos años de espera hasta que, por fin, el ginecólogo le había dicho que tenían que practicarle una histerectomía. La noticia de que no podría tener hijos le había roto el corazón, pero entonces Mattie se ofreció generosamente a tenerlos por ella…

Ahora, como solían hacer cuando eran compañeras de instituto, Gina se sentó sobre la cama y dio unas palmaditas sobre el colchón para que se sentara a su lado.

—¿Estas pensando volver a intentar lo de la inseminación artificial?

Lucy negó con la cabeza.

—Quiero tener un hijo, pero no de esa manera.

—¿Entonces? ¿Tienes un novio secreto?

—No, no exactamente —contestó ella, sin mirarla—. La verdad es que… Will se ha ofrecido a ayudarme.

Gina la miró, perpleja.

—¿Mi hermano? ¿Will va a ayudarte a tener un hijo?

—Sí.

—Pero eso es… es… Will y tú. ¡Dios mío, Lucy, es maravilloso!

—Poco convencional es la expresión que usará todo el mundo.

—¿Perdona? Me he perdido.

—Los amigos no suelen tener hijos.

—¿Amigos?

—Claro —asintió Lucy—. Will y yo sólo somos amigos, pero él está decidido a convertirse en padre y como sabe lo que yo siento… quiere

ayudarme a tener un hijo. En realidad, es muy conveniente.

—Ah, ya —Gina no parecía tan convencida, pero enseguida sonrió —. A veces los amigos se enamoran.

Lucy sintió pena al pensar que la sonrisa de su amiga pronto iba a desaparecer.

—No, esta vez no.

Gina se dedicó a trazar el dibujo del edredón con un dedo.

—Imagino que debe de ser un poco… raro, ¿no? Como estuviste prometida con Josh.

Pero Lucy no quería hablar de ese tema.

—La cuestión es que Will no tiene intención de sentar la cabeza y formar una familia.

—Will es un poco irritante en ese sentido, sí —asintió Gina—. Quiero mucho a mi hermano, pero debo admitir que siempre ha sido… no sé, un poco como un extraño en la familia. El síndrome del hijo mediano, imagino.

—No lo sé, yo soy hija única.

—En nuestra familia el más importante siempre era Josh porque era el mayor. Y yo era la niña mimada. El pobre Will se quedó en el medio, ni lo uno ni lo otro —Gina dejó escapar un suspiro—. Mi padre me lo consentía todo. Cuando era pequeña, todas las noches me llevaba a dar vueltas en el tractor hasta que me quedaba dormida.

—Qué suerte —sonrió Lucy.

—Josh siempre andaba detrás de él y mi padre lo adoraba. Siempre estaban juntos, con las ovejas o arreglando los tractores. Tenían un lazo especial y estoy segura de que Will se sentía un poco abandonado. Creo que es por eso por lo que siempre estaba estudiando o leyendo en su habitación. Y luego empezó a hacer excursiones para buscar piedras raras.

—Que es lo que sigue haciendo, más o menos.

—Sí, es verdad —sonrió Gina—. Pero no es justo.

—¿Qué quieres decir?

—Que Will podría pensar que tú… en fin, que sigue estando a la sombra de Josh.

—Espero que no sea así —dijo Lucy, sorprendida.

—¿Qué pasa con mis hermanos? ¿Por qué tienen que estropearte la vida?

—¿Porque yo les dejo?

Sonriendo, Gina alargó una mano para tocar el pelito de su hija.

—Bueno, de todas formas creo que la idea de tener un hijo es fabulosa. Sí, desde luego es poco convencional tenerlo con un amigo, pero sigue siendo estupenda. Y te deseo mucha suerte.

—Gracias —sonrió Lucy, que se alegraba de tener a alguien de su lado—. No le dirás nada a Will, ¿verdad?

—No, por favor —Gina le pasó un brazo por los hombros—. Los consejos de su hermana pequeña serían el beso de la muerte y yo quiero que esto salga bien.

Cuando se marchó el último invitado Will ayudó a guardar las sillas plegables en el granero. Pero mientras lo hacía sólo podía pensar en Lucy.

No le era posible pensar en otra cosa porque su corazón se había partido en dos cuando la vio llorar.

Mattie había conseguido lo imposible para Gina y Tom y, sin duda, eso hacía que la angustia de Lucy fuese mayor. Pero lo triste era que le hubiese dicho la semana anterior que no quería volver a intentarlo cuando era evidente que lo que más deseaba en el mundo era tener un hijo.

Sólo podía haber una razón, por supuesto: no le gustaba tener que volver a acostarse con él.

Por enésima vez, Will volvió a pensar en esa noche. Había perdido el corazón en el momento que tocó a Lucy McKenty. Ese era el problema. Una caricia, un simple roce de sus labios y había olvidado que se acostaba con ella sólo con el fin de procrear.

Maldita fuera. Se había dejado llevar de tal forma que prácticamente había olvidado su propio nombre.

El problema era que había olvidado el beso que compartieron diez años antes en el porche. Y no debería haberlo olvidado.

Se había metido en aquello sin pensar en cómo reaccionaría Lucy. Desde luego, no había esperado una respuesta tan apasionada por su parte…

¿Habría sido así con Josh?

Will apretó los dientes, sorprendido por la fuerza de sus sentimientos cuando pensaba en Josh y Lucy juntos.

Intentaba dejar de pensar en ello, pero le resultaba imposible.

Cuando terminó de guardar la última silla miró hacia el prado y respiró profundamente, notando el aroma a eucalipto y a tierra.

Luego miró al cielo, buscando respuesta al tumulto de emociones que se agitaba en su interior.

Algunas respuestas eran muy sencillas: él sabía por qué Lucy amaba Willowbank y quería que su hijo viviese allí con ella.

Le parecía perfecto que Lucy fuera la madre de su hijo.

¿Pero estaría engañándose a sí mismo? ¿Era una locura pensar que

podría reemplazar a su hermano?

No, decidió. Lo que era una locura era seguir pensando en Lucy y Josh, seguir dejando que el pasado lo persiguiera.

Durante más de veinte años había vivido a la sombra de Josh, pero ya era hora de superarlo. Su deber era concentrarse en los que quedaban y ayudar a Lucy, una chica encantadora, dulce y divertida, inteligente, valiente.

Era su amiga y necesitaba su ayuda.

Y él necesitaba…

Will no sabía bien qué necesitaba de Lucy, pero tenía clara una cosa: si iban a seguir adelante con el plan, tendría que ponérselo más fácil. Y eso significaba que su próxima cita debía ser tan amistosa y funcional como fuera posible.

Entonces dejó escapar un suspiro… de alivio, decidió. Se sentía un poco mejor ahora que había aclarado ese asunto.

Lo único que tenía que recordar era que Lucy era su amiga, no su amante. La amistad tenía ciertas barreras y romper esas barreras podría destrozar sus vidas.

Además, debería empezar a buscar trabajo fuera de Willowbank; de esa forma, Lucy sabría que no iba a estar todo el día molestándola cuando quedase embarazada. Había oído de trabajos en Papúa, Nueva Guinea que podría solicitar…

Papúa no estaba tan lejos, de modo que podría volver a Willowbank de cuando en cuando para hacer el papel que Lucy decidiera en la vida del niño.

Muy bien. Había tomado otra decisión. Siempre ayudaba tener un plan.

Tres días después recibió un mensaje de Lucy:

¿Puedes venir esta noche? Tengo trabajo en la consulta, así que no puedo ofrecerte una cena. ¿Te parece bien las diez?

Will contestó un segundo después.

Allí estaré.

Allí estaré.

El mensaje no dejó de dar vueltas en la cabeza de Lucy durante todo el día.

No debería haber aceptado la sugerencia de Will de probar otra vez, pero la verdad era que, si no lo hubiera sugerido ella, habría tenido que suplicarle.

Y ahora no podía dejar de pensar que llegaría esa noche, que iban a acostarse juntos.

Logró concentrarse en el trabajo durante toda la tarde, pero a medida que las agujas del reloj se acercaban a las diez empezaron a temblarle las manos.

Ojalá supiera cuáles eran los sentimientos de Will al respecto, pero era una pregunta difícil y, además, él podría no contestar.

Se decía a sí misma que debería estar agradecida y contenta de que no la hubiera presionado para hablar de Josh porque, si lo hicieran, podría revelar demasiado sobre sus sentimientos por Will, complicando el delicado equilibrio de su relación y estropeándolo todo.

Tal vez él también estaba nervioso porque llegó dos minutos y treinta y cinco segundos antes de las diez, pero Lucy abrió la puerta incluso antes de que llamara.

—Buenas noches —su sonrisa era tan tímida y encantadora que Lucy tuvo que tragar saliva, secándose el sudor de las manos en las costuras de los vaqueros.

—Hola, Will. Entra, por favor.

—Te he traído algo —dijo él, mostrándole una caja atada con un lazo.

—Ah, gracias.

—Sé que las rocas no tienen poderes especiales, pero a ver qué te parece.

Le temblaban tanto las manos mientras desataba el lazo que lo único que consiguió fue anudarlo aún más.

—Espera, ya lo hago yo —sonrió Will.

El corazón de Lucy se aceleró mientras lo observaba desatar el lazo con infinita paciencia. Por fin, levantó la tapa y le mostró una bonita cadena de plata con un colgante.

—¿Es una amatista?

—Sí —contestó él, con otra de esas sonrisas tímidas tan irresistibles—. Aparentemente, las amatistas han sido tradicionalmente aliadas a la fertilidad.

—Ah, qué bien. Es precioso, me encanta.

—Deja que te lo ponga.

Lucy decidió que era muy posible que se derritiera sólo con el roce

de sus manos. Estaba ardiendo mientras Will abrochaba el colgante y la tomaba por la cintura para darle la vuelta.

—Te queda muy bien. Llama la atención sobre el color de tus ojos.

Parecía tan nervioso que Lucy dio un paso adelante y lo besó. En la boca.

¿Desde cuándo era tan valiente?

Will le devolvió el beso con cautela, castamente, y cuando levantó las manos para ponerlas sobre sus hombros sintió que se ponía tenso.

—Will —susurró—, ¿qué te pasa?

Capítulo 9

Will sabía que podía hacerlo.

Durante todo el día había estado ensayando en su mente cómo iba a hacerle el amor a Lucy como amiga. No había pensado en nada mas mientras conducía el tractor arriba y abajo por el prado y la idea le había parecido sólida y plausible.

Ahora, sin embargo, con Lucy tan cerca que podría besarla, su convicción desapareció.

O, más bien, teniéndola tan cerca cambió de foco y el foco no era la amistad; todo lo contrario. Porque sólo deseaba tomar a Lucy entre sus brazos para besarla con el frenesí de un amante durante toda la noche y perderse en ella.

Quería olvidar por qué estaban haciendo aquello. Quería olvidar su pasada relación con su hermano. No quería pensar en nada más que…

Lucy.

La deseaba como no había deseado a nadie.

Ella llevaba unos vaqueros y una camiseta gris, nada de vestidos sensuales, nada de zapatos de tacón alto. Era Lucy, la Lucy de siempre, y la deseaba.

Demasiado.

Pero ella dio un paso atrás, mirándolo con perplejidad mientras tocaba la amatista que llevaba al cuello.

—Ocurre algo, ¿verdad?

—No —contestó él, intentando contenerse.

—No quieres…

—No quiero hacerte daño.

¿De verdad había dicho eso? La única manera de hacerle daño a Lucy era marcharse y negarle la posibilidad de ser madre.

O tal vez era la única forma de salvarse a sí mismo. ¿Por qué demonios no había insistido en la inseminación artificial?

—¿Quieres tomar algo?

—¿Eh?

—Para… relajarnos.

Will negó con la cabeza. Necesitaría una botella entera de alcohol para apagar el fuego que había en su interior.

—No me pasa nada.

—Ya, claro —dijo ella. Pero parecía disgustada, incluso un poco enfadada.

Will no podía creer que la primera vez se lo hubiera tomado de manera tan despreocupada. Claro que entonces no sabía lo que era estar en los brazos de Lucy, saber que las deliciosas curvas apretadas contra su pecho eran las de ella.

Hasta entonces había pensado inocentemente que aquel beso en el porche había sido una aberración.

Ahora sabía que no era así y que besar a Lucy, hacer el amor con ella, podía ser una peligrosa adicción.

—¿Entonces qué quieres hacer?

—Besarte.

La respuesta escapó de sus labios antes de que pudiera contenerla y enseguida vio un brillo de confusión en los ojos azules. Pero sus manos ya se habían abierto para ella y la besó como si fuera su último minuto en la tierra.

La besó como si pudiera perderla en un segundo.

Para siempre.

Lucy no podía creerlo.

No se había atrevido a esperar que Will pudiera desearla con tal intensidad.

Un minuto antes parecía estar deseando salir corriendo de allí y ahora… cuando apretó su trasero, atrayéndola aún más hacia él, Lucy dejó de pensar.

Aquel momento, aquel beso, era como todas las fantasías románticas que había tenido en su vida. Nunca la habían besado así y, sin pensar, se apretó contra él, echándole los brazos al cuello, buscando el más cercano de los contactos. Y, afortunadamente, a Will no parecía importarle.

Juntos llegaron al pasillo, chocando con las paredes en un frenesí de besos y caricias, hasta llegar a la primera puerta. Resultó ser la del cuarto de estar… y tendría que servir.

Cayeron sobre el sofá, riendo. Era una delicia que la ayudase a quitarse la ropa y quitársela a él; una delicia estar con Will otra vez, acariciar su piel satinada y sus duros músculos. Incluso más cuando tomó el control y, deliberadamente, aminoró el ritmo, sujetando sus manos para besarla casi con reverencia.

Era dulce, muy dulce; sus besos llevándola gradual pero inexorablemente hasta una especie de capullo en el que sólo los dos existían.

Y todo estaba bien, era perfecto. Porque esta vez sabía que Will Carruthers era el único hombre en el mundo que podría hacer realidad sus más secretos sueños.

Will despertó cuando la pálida luz del amanecer empezaba a filtrarse por las cortinas del dormitorio. Pero no se movió porque Lucy seguía durmiendo, con un brazo sobre su pecho, su cuerpo suave y

calentito pegado a él, su aliento una suave brisa en su piel.

Quedarse a dormir no había sido parte del plan. Bueno, nada de lo que había ocurrido era parte del plan, pero Will había decidido aprovechar aquella noche porque al día siguiente se iba a Papúa Nueva Guinea para buscar trabajo.

Al pensar eso dejó escapar un suspiro. Y tal vez Lucy lo oyó porque enseguida abrió los ojos.

—Buenos días, Patita.

Will estuvo a punto de besarla, pero decidió no hacerlo. Aquella mañana tenía que empezar a dar marcha atrás.

Ella miró el despertador y dejó escapar un gemido.

—Uf, me he dormido. Voy a tener que darme prisa —murmuró, tomando el albornoz que había sobre la silla.

Will saltó de la cama mientras Lucy se ponía el albornoz y se pasaba una mano por el pelo, mirándolo con una sonrisa en los labios. Y cuando miró sus pies descalzos, le dijo:

—Sí, a mí también me preocupa eso.

—¿Qué?

—Que el niño herede unos pies tan grandes.

—Ah —rió Lucy—. Eso es mejor que heredar unas orejas terriblemente pequeñas.

Will tuvo que hacer un esfuerzo para no tomarla entre sus brazos y mordisquear sus orejitas.

—Son las orejas más bonitas que he visto nunca.

—Pero no creo que le quedasen bien a un niño —Lucy se mordió los labios, tocando el colgante que llevaba al cuello—. Ojalá haya pasado, Will. Ojalá haya quedado embarazada.

—Seguro que sí —dijo él.

Y luego hizo lo que tenía que hacer: buscar su ropa para marcharse de allí.

Lucy contuvo las lágrimas hasta que Will se marchó, pero nunca se había sentido más desolada en toda su vida. Era como si alguien hubiese cortado la cuerda de un salvavidas y se sentía como un astronauta flotando en el espacio.

Pero no tenía sentido decírselo porque se marchaba a Papúa Nueva Guinea al día siguiente y, con toda seguridad, encontraría un trabajo allí. Y ella había sabido desde el principio que no iba a quedarse. Will era como esos animalillos que dejaban en su puerta, a los que cuidaba y luego dejaba libres.

Will la llamó cuando volvió a Willowbank una semana después.

—¿Has empezado a comprar regaliz?

—No, aún no —contestó ella.

—¿Algún síntoma?

—Es difícil saberlo porque aún es muy pronto, pero estoy muy cansada y he tenido que levantarme para ir al baño varias veces esta noche.

—Esas son buenas señales, ¿no?

—Podrían serlo.

El problema era que Lucy estaba tan pendiente de cualquier señal, de cualquier cambio en su cuerpo, que tal vez las diferencias no eran reales, sino fruto de su imaginación.

Y, justo a tiempo, contuvo el impulso de decirle que lo echaba de menos. Aunque era cierto. Lo había echado mucho de menos. Desesperadamente. Cuanto más tiempo estaba fuera, más segura estaba de que hacer el amor con él una segunda vez había sido aún más peligroso de lo que temía.

Aun así, lo amaba.

Con todo su corazón.

Ya no podía esconderse de la verdad y no sabía cómo iba a fingir lo contrario.

Pero debía aceptar que Will no iba a cambiar nunca. Podría sentirse atraído por ella, pero siempre había sido un alma inquieta y necesitaba seguir viajando, buscando nuevos retos.

—¿Qué tal tu viaje a Papúa?

—Hay mucho trabajo allí —contestó él—. He tenido un par de ofertas, así que sólo es cuestión de decidir cuál de ellas me interesa más.

—Ah, qué bien —Lucy esperaba que su voz no sonara tan triste como se sentía—. Es una suerte.

—Desde luego que sí. Bueno, ¿y tú? Esta semana es la semana de la cuenta atrás, ¿no?

—Sí —suspiró ella—. Ojalá no tuviese que esperar porque me temo que estoy empezando a obsesionarme. Ahora me dedico a leer mi horóscopo en todas las revistas que puedo encontrar. Incluso había pensado en acudir a Sylvie.

—¿Quién es Sylvie?

—La peluquera de Willowbank. Sabe leer el futuro además de cortar el pelo, pero no estoy tan desesperada —rió Lucy—. En realidad, estoy intentando ser sensata y tomármelo con filosofía.

—¿Vas a usar un *predictor*?

—Sí, caro. Tengo cajas en el cuarto de baño, pero voy a esperar hasta el viernes. Si lo intento demasiado pronto y da negativo, no sé si podría soportar la desilusión.

—Me gustaría estar contigo cuando te hicieras la prueba… si te parece bien.

Lucy se llevó una mano al corazón. Aunque no debería sorprenderla porque el niño sería tan suyo como de Will, no había esperado que se interesara tanto y no podía negar que sería maravilloso estar con él cuando llegase el momento. Si era una buena noticia, podrían celebrarlo y, si no, al menos Will estaría a su lado para consolarla.

—Será mejor que vengas el viernes por la mañana, a primera hora —le dijo, con voz temblorosa.

El viernes amaneció con un cielo sin nubes. Mientras iba a casa de Lucy, los prados, los árboles y el cielo parecían recién lavados para una ocasión especial y el paisaje tenía una cualidad mágica, como si lo estuviera viendo a través de una lente tamizada.

Will deseaba recibir buenas noticias, pero en muchos sentidos lo temía. Porque si Lucy estaba embarazada, no tendría más remedio que desaparecer de su vida, y esa idea le parecía deprimente.

Estaba nervioso cuando llegó a la casa, aunque lo animó que los perros salieran a recibirlo a la puerta ladrando alegremente.

Lucy llevaba una camisa caqui y pantalones del mismo color, el atuendo que solía usar para trabajar, pero llevaba puesto el colgante que le había regalado y Will tuvo que hacer un esfuerzo para no besarla.

—¿Cómo te encuentras?

—Nerviosa —admitió ella—. No he dormido muy bien.

—Yo tampoco.

—Imagino que te quedarás a desayunar. Estaba haciendo salchichas y huevos revueltos.

—Muy bien.

—¿Por qué no te sirves un té mientras yo hago… esto? No puedo con el suspense.

—Sí, claro —asintió él. Pero cuando Lucy iba a darse la vuelta, la sujetó del brazo—. Oye, Patita.

—¿Sí?

—Buena suerte.

Lucy se puso de puntillas para darle un beso y la habitación le pareció horriblemente vacía cuando desapareció.

Cuando miró por la ventana se fijó en el cristal azul brillando a la luz del sol y tuvo que tragar saliva. Estaba nervioso, tenso.

De verdad quería que aquella prueba diera positivo.

Entonces se preguntó sobre esa otra vez, ocho años antes, cuando Lucy descubrió que estaba embarazada. ¿Se habría sentido feliz?

Pero sacudió la cabeza, intentando olvidarlo. No ganaría nada recordándose a sí mismo que sólo podía ser un segundón después de Josh.

Era hora de ser positivo, de mirar al futuro. A una nueva generación tal vez.

Oyó los pasos de Lucy poco después y abrió los brazos para consolarla porque no parecían los pasos de alguien que iba a dar una buena noticia. Pero cuando entró en la cocina vio que tenía las mejillas enrojecidas y los ojos empañados de emoción.

—Hay un puntito rosa —le dijo.

—¿Qué significa eso?

—Significa que…

Parecía a punto de llorar y a Will se le hizo un nudo en la garganta.

—Lo hemos conseguido.

—¿Quieres decir…? ¿Estás embarazada?

—¡Sí!

Will no sabía si iba a reír o llorar.

—Enhorabuena —le dijo por fin, emocionado.

—¿Te lo puedes creer? ¡Estoy embarazada! —dando un grito de felicidad, Lucy se echó en sus brazos—. Gracias, gracias.

—Enhorabuena —repitió él.

—Enhorabuena para ti también. Vas a ser padre.

Will sonrió, un poco nervioso.

—Y yo voy a ser madre —murmuró Lucy.

—La mejor madre del mundo.

—Me da igual que sea un niño o una niña.

—Ya me imagino.

Lucy miró alrededor con un brillo de felicidad en los ojos, como si lo estuviera viendo todo por primera vez.

—Dios mío, Will, estoy embarazada —repitió. Y su sonrisa era tan dulce que le habría gustado abrazarla, besarla, decirle palabras cariñosas… todo lo cual era completamente inapropiado ahora que debían volver a ser simplemente amigos.

—¡Ay, las salchichas! —exclamó Lucy—. ¡Seguramente se me habrán quemado!

—No, no te preocupes. He apagado el fuego.

—Gracias —sonrió ella entonces—. Bueno, será mejor que desayunemos. Tengo que ponerme a trabajar.

—A partir de ahora tienes que cuidarte, ¿no?

—Sí, claro.

Era algo extrañamente íntimo desayunar con Lucy, moverse por la cocina, hacer tostadas juntos.

—¿Qué estabas diciendo sobre mi trabajo?

—Que vas a necesitar ayuda ahora que estás embarazada. No puedes hacerlo todo sola.

—Tengo una ayudante.

—Pero ella no puede encargarse de los trabajos duros, como ayudar a parir a una vaca.

—¿Vas a ponerte mandón ahora?

—Ya sufriste un aborto espontáneo una vez —le recordó él—. Y ahora eres mayor.

—Gracias por recordármelo —replicó Lucy, molesta, mientras ponía mantequilla a su tostada.

—¿Por qué te enfadas?

—¿No es un poco hipócrita por tu parte preocuparte de mi edad y mi salud?

—¿Hipócrita por qué?

—Tú no estás cuidando de ti mismo precisamente.

—¿Qué quieres decir?

—Que después de escapar con vida de un accidente en tu último trabajo me dijiste que habías aprendido una gran lección, pero ahora te marchas a Papúa Nueva Guinea donde unas lluvias torrenciales se llevaron por delante un pueblo el año pasado. Y todo el mundo sabe la cantidad de accidentes de avioneta que hay en las tierras altas. Las pistas de aterrizaje son del tamaño de un sello y están hechas sobre terraplenes…

—No voy a ir a las tierras altas y no soy yo quien va a tener un niño. Tu salud es importante para mí.

Lucy abrió la boca como si fuera a decir algo pero, aparentemente, cambió de opinión.

—La verdad es que había pensado trabajar menos si me quedaba embarazada. Tendré que llamar a algún veterinario amigo para que haga mi trabajo durante los últimos meses…

—¿Un amigo casado?

—Chris es soltero, pero Leanne y Tim están casados —murmuró ella, pensativa—. Tendré que hacer un par de llamadas para ver quién está disponible.

—Me parece muy bien.

Después de eso Lucy se concentró en tomar su desayuno. No parecía muy contenta y terminaron de comer en silencio.

Will también estaba disgustado, aunque no sabía bien por qué. Habían conseguido su objetivo y ahora debían dar el siguiente paso. Lucy iba a ser madre soltera y él visitaría a su hijo de vez en cuando.

Eso era lo que quería, ¿no? La paternidad sin ataduras. Debería estar contento entonces.

Desde el principio había aceptado que él haría un papel secundario en la vida del niño… que ahora sintiera como si una garra le apretase el corazón no tenía sentido.

En ese momento oyeron el ruido de un coche deteniéndose en la entrada.

—Es Jane, mi ayudante, dispuesta a trabajar —dijo Lucy, con muy poca sutileza.

Will se levantó.

—Entonces será mejor que me vaya. ¿Quieres que te ayude con los platos?

—No, gracias —Lucy lo acompañó a la puerta—. ¡Voy enseguida, Jane! —le gritó a su ayudante, que estaba entrando en la consulta por una puerta lateral.

—No te preocupes.

Lucy suspiró, volviéndose para mirar a Will.

—Ven a decirme adiós antes de marcharte a Papúa.

—Sí, claro —murmuró él—. Y gracias por el desayuno —no sabía qué más podía decir, de modo que se inclinó para darle un beso en la mejilla.

Lucy murmuró algo sobre que tenía muchas cosas que hacer y, después de despedirse, cerró la puerta.

Tenía que ponerse a trabajar, pero mientras lo hacía se recordaba a sí misma cada minuto: «Estoy embarazada».

Llevaba esperando aquello tanto tiempo.

Su hijo.

Iba a tener un hijo.

Pero no había tiempo para celebrarlo. Aparte de su lista de pacientes tuvo que operar urgentemente a un *cocker* blanco y negro por el que sentía mucho afecto porque había sido uno de sus primeros pacientes cuando llegó a Willowbank.

Haría lo que pudiese por él, pero temía que al pobre no le quedaba mucho tiempo de vida.

Y, por si eso fuera poco para arruinarle el día, estaba disgustada con Will. No podía dejar de pensaren él y la apenaba tremendamente que se fuera de allí.

Otra vez.

¿Cómo iba a soportarlo ahora, cuando era el padre de su hijo?

La amenaza de su partida había hecho que estuviera antipática con él y ahora se avergonzaba de ello. ¿Pero cómo no iba a estar disgustada al saber que iba a desaparecer de su vida otra vez?

Ella amaba a Will…

Dejarlo ir era como cortarse un miembro vital. ¿Cómo podía decir que estaba preocupado por ella si iba a marcharse otra vez?

¿Cómo podía irse así?

Evidentemente, su cariño era una farsa, una mentira.

Compartir la responsabilidad de un niño exigía un compromiso que iba mucho más allá de la amistad. Y Will y ella habían compartido una intimidad que no podía clasificarse como amistad precisamente.

Claro que nunca había sido lo bastante valiente como para confesarle sus sentimientos… ¿sería posible que también él le hubiera ocultado los suyos?

¿Debería intentar averiguarlo?

En su situación, era absurdo seguir teniendo miedo de admitir la verdad. Siempre le había preocupado tanto que eso lo sorprendiera, que pudiera alejarse de ella por completo. Pero las cosas habían cambiado y debía tomar una decisión.

Llevaba escondiéndose demasiado tiempo. Ahora iba a ser madre y para eso hacía falta coraje.

Por su hijo, debía contarle a Will la verdad y enfrentarse con las consecuencias.

Su confesión podría no servir de nada, incluso podría empeorar la situación, pero a medida que pasaba el día estaba más convencida de que era hora de hacer lo que debería haber hecho muchos años atrás.

A la hora de comer, Gina asomó la cabeza en la consulta.

—Mi madre se ha quedado con los niños para que pudiese ir de compras, así que he pasado por aquí un momento para ver cómo estás.

—Debes tener un sexto sentido —sonrió Lucy.

—¿Por qué? ¿Hay noticias?

—Lo he descubierto esta mañana.

—¿Estás embarazada?

—¡Sí! —Lucy no pudo contener una sonrisa y Gina la abrazó, lanzando un grito de alegría.

—Oh, Lucy, qué bien.

—Es fantástico, ¿verdad? Aún no me lo creo.

—Nuestros niños van a ser primos… porque imagino que el padre

es Will.

—Sí, claro. Él sabe lo del niño, pero aún no se lo contado a nadie más, así que no digas nada.

—No, no, claro. ¿Qué tal van las cosas entre Will y tú?

—Bien, bien.

Gina la miró, inclinando a un lado la cabeza.

—Imagino que mi hermano no ha admitido que está enamorado de ti.

Lucy se puso colorada.

—No digas tonterías. Will no me quiere.

—¿De verdad lo crees?

—Si me quisiera, no se marcharía a Papúa Nueva Guinea.

—¿De verdad se marcha otra vez?

—Sí.

—Podría estrangularlo —suspiró Gina—. ¿Puedo hacer algo, cariño?

—No —sonrió Lucy, cruzando los dedos—. Deja que lo intente yo.

Capítulo 10

Había sido un día muy largo y una tormenta de verano estalló por la tarde. Cuando Lucy cerró la consulta estaba lloviendo y podía oír el retumbar de los truenos en la distancia.

Seguía lloviendo media hora después, cuando subió a su camioneta para ir a Tambaroora. Estaba nerviosa, pero decidida a hablar con Will antes de perder el valor.

Aún no eran las seis, pero el cielo estaba oscuro y el limpiaparabrisas tenía que trabajar a marchas forzadas. La carretera, que no estaba asfaltada, se había convertido en un barrizal de modo que, a pesar de su impaciencia, debía conducir despacio y con mucho cuidado.

En cuanto llegó a la casa bajó de la camioneta y corrió hacia el porche, donde la recibió la madre de Will, secándose las manos en un delantal.

—Hay que ser valiente para atreverse a venir con esta tormenta.

—Sé que no es buen momento, pero es que quiero hablar con Will.

Jessie Carruthers sonrió.

—Nos ha dado la noticia, hija.

—¿Y está contenta?

—Mucho —contestó Jessie—. Especialmente cuando Will nos dijo lo feliz que estabas tú.

Lucy contuvo el aliento, preguntándose si Jessie diría algo sobre su hijo mayor.

—Will y su padre se han pasado toda la tarde arreglando un tractor. Ya sabes cómo son los chicos con sus juguetes.

—Sí, claro. Y supongo que le alegrará mucho que Will se interese por la granja.

—Mucho, desde luego —sonrió Jessie Carruthers—. Robert volvió hace cinco minutos, pero Will sigue en el garaje.

—Muy bien, entonces voy a buscarlo —dijo Lucy. Pero algo en los ojos de la mujer la impidió dar un paso.

—Supongo que estarás tan decepcionada como yo de que vaya a marcharse.

—Bueno, la verdad es que no me ha sorprendido.

—Puede que tú puedas hacerle entrar en razón, hija.

Lucy miró a la madre de Will, sorprendida.

—Podría intentarlo, claro. Pero no sé si va a servir de algo.

Jessie arrugó el ceño.

—Yo no entiendo a la gente joven.

—No sé si nosotros mismos nos entendemos —suspiró ella.

—En fin, me alegro mucho de verte. ¿Por qué no te quedas a

cenar?

Lucy le dio las gracias antes de subir de nuevo a la camioneta para ir al garaje, que estaba detrás de la casa.

Su corazón temblaba como un pajarillo mientras apagaba el motor y, armándose de valor, corría hacia la puerta.

Cuando entró, el olor a diesel hizo que arrugase la nariz. El garaje era casi un museo de tractores viejos, pero Will estaba inclinado sobre uno de los más modernos, golpeándolo con una llave inglesa…

—¡Will!

Él levantó la cabeza y la miró, sorprendido.

—Lucy, ¿qué haces aquí? —dejando a un lado la llave inglesa, se limpió las manos con un trapo y se acercó a ella con una sonrisa en los labios. Una sonrisa que encogió el corazón de Lucy porque se dio cuenta entonces de cuánto amaba a aquel hombre. Y de cuánto dolía el amor—. ¿Algún problema?

—No, no. Todo va bien. Sigo embarazada, pero tenía que hablar contigo.

—Solíamos tener una silla por aquí… —empezó a decir él, mirando alrededor—. Ah, ahí está —Will sacó una silla plegable de metal y, después de limpiarla con el trapo, la colocó frente a ella.

Lucy le dio las gracias y se sentó con toda dignidad, aclarándose la garganta.

Pensó que Will iba a quedarse de pie, poniéndola aún más nerviosa con su estatura, pero se sentó en el escalón del tractor.

—¿Has tenido tiempo de darle a alguien la buena noticia?

—Gina pasó por la consulta esta mañana y luego he llamado a mi padre.

—¿Qué ha dicho?

—Se ha alegrado mucho con la noticia, claro… ah, y también he hablado con tu madre. Todo el mundo parece muy contento —Lucy se miró las manos—. Pero todos se sorprenden al saber que te marchas de todas formas, así que tendremos que explicar la situación. Tienen que entender que no vamos a vivir juntos como una pareja tradicional.

Un golpe de viento movió la puerta, golpeándola contra la pared del garaje.

—En realidad, he cambiado de opinión sobre lo de irme a Papúa Nueva Guinea.

Ella levantó la cabeza, sorprendida. Su corazón latía con tal fuerza que no estaba segura de poder encontrar la voz.

—Pero yo acabo de hablar con tu madre y…

—Mi madre aún no lo sabe. Mi padre estará contándoselo ahora mismo.

—Ah, ya veo…

Lucy empezaba a marearse.

—He estado toda la tarde hablando con mi padre —siguió Will—, y está decidido. Voy a cuidar de Tambaroora mientras mis padres hacen ese viaje a Europa que llevan años queriendo hacer.

De modo que se quedaba, pero no tenía nada que ver con el niño.

Lucy intentó controlar su decepción, tarea casi imposible.

—A tu madre le hará mucha ilusión. Cuando Mattie volvió de su luna de miel no hacía más que preguntarle cosas sobre Italia.

—Y no quiero estar muy lejos de ti, además —dijo Will entonces.

El corazón de Lucy empezó a dar saltos como un cachorrito dentro de su pecho.

—¿Por qué?

—Tengo que vigilarte para que comas bien, descanses y todo eso.

—Ah, claro —Lucy no sabía qué hacer con las manos.

—Y quiero cortejarte.

—¿Qué?

Estaba segura de haber oído mal, pero entonces vio que Will se había sonrojado…

—He pensado que tal vez deberíamos salir a cenar y al cine como otras parejas para averiguar si…

—¿Para averiguar si podemos enamorarnos? —terminó Lucy la frase por él con una voz que ni ella misma reconocía.

—Sí —contestó Will.

Habían sido amigos desde el instituto y se habían acostado juntos en dos ocasiones. Era el padre de su hijo y, sin embargo, aún tenía que invitarla a salir para descubrir si podía quererla.

—No creo que eso sirviera de nada —dijo Lucy, sintiendo que sus sueños se hacían pedazos—. Si pudieras enamorarte de mí, ya lo habrías hecho.

—Pero yo…

—No —lo interrumpió ella—. Yo soy una experta en disimular el amor.

—¿Qué quieres decir?

Lucy vio que se había puesto pálido y estuvo a punto de perder el valor. ¿Por qué iba a obligarlo a escuchar esa confesión?

Ya no se iba a Papúa Nueva Guinea, tal vez eso era suficiente.

Pero no, se había prometido a sí misma que no sería una cobarde. Will era después de todo el padre de su hijo y su confesión no cambiaría nada.

De modo que respiró profundamente antes de decir:

—Intenté hacer que te enamorases de mí hace muchos años, pero

no funcionó.

—No te comprendo.

—Te estoy contando algo… terrible, en realidad. Empecé a salir con Josh esperando que tú te pusieras celoso. Y mi plan salió mal. Josh era más de lo yo esperaba… —Lucy se sonrojó—, y me quedé embarazada.

Will apretó los puños.

—No me digas que Josh te forzó…

—No, no, por favor. Lo que quería decir es que yo era muy joven y Josh era muy persuasivo.

—¿Es por eso por lo que te prometiste con él? ¿Por qué descubriste que estabas embarazada?

—Sí —contestó Lucy, con los ojos llenos de lágrimas.

Lágrimas de vergüenza.

Y de alivio.

Se alegraba de habérselo contado por fin.

—Fui una idiota y al final acabé atrapada en mis errores.

—Patita… —Will dio un paso adelante y tiró de ella para tomarla entre sus brazos—. Pensé que estabas enamorada de Josh.

Ella negó con la cabeza, apoyando la cara en su cuello.

—Nunca lo estuve.

—Yo estaba tan enfadado con mi hermano —empezó a decir Will entonces, con voz ronca—. Me daba miedo que no te quisiera lo suficiente, que no se esforzase en hacerte feliz.

—Oh, Will…

—Tuvimos una pelea terrible antes de que subiera a la avioneta… aún me pongo enfermo cada vez que lo pienso.

—¿Y has llevado esa carga durante todos estos años?

—Llevo mucho tiempo culpándome a mí mismo.

—Pero no fue culpa tuya —murmuró Lucy—. Era imposible convencer a Josh de nada.

—Sí, lo sé. A menos que le hubiera puesto una pistola en la sien no podría haberlo detenido.

Lucy dio un paso atrás, pensando en cómo ese evento había cambiado sus vidas para siempre y deseando que la confesión la hiciera sentir en paz.

Pero sería demasiado esperar una confesión de amor por parte de Will y lo sabía.

—Es muy amable que te ofrezcas a cortejarme, pero si no te importa, prefiero que no lo hagas.

—Pero…

—Creo que sería mejor que siguiéramos siendo amigos.

—¿Por qué?

¿Por qué? ¿Cómo podía preguntarle eso?

—Nos hemos llevado muy bien como amigos durante tanto tiempo…

—Pero has dicho que me querías.

—Sí, pero…

Will sonrió.

—Tú no tienes el monopolio de los errores, Lucy.

—¿Qué quieres decir?

—Que también yo los he cometido. Engañarme a mí mismo es uno de ellos.

Las lágrimas amenazaban con asomar a sus ojos, pero Lucy las apartó de un manotazo porque quería ver los ojos de Will.

Y nunca nada le había parecido más bello.

—Siempre me has importado, Lucy —empezó a decir él—. Y siempre he querido hacerte feliz, pero… —Will sacudió la cabeza—… no sabía cómo hacerlo. Cometí el primer error cuando me diste un beso la noche de mi despedida… un beso que fue la madre de todos los besos.

—Qué tonto —rió ella, trémula.

—Entonces supe que había pasado algo, pero en lugar de quedarme a tu lado me porté como un idiota y me marché a ver mundo.

—No sabía que te hubiera gustado ese beso.

—¿Gustarme? —rió él—. Intentaba decirme a mí mismo que era un espejismo, que a lo mejor tú besabas particularmente bien y que besabas a todo el mundo así.

—No, no es verdad.

—Pasé gran parte de ese viaje intentando olvidarte —Will apartó un rizo de su cara—. Creo que ése fue el error número treinta y tres.

Lucy podía oír los frenéticos latidos de su corazón y se dio cuenta de que la lluvia y el viento habían parado.

—¿Cometiste más errores?

—Docenas —admitió él, levantando su barbilla con un dedo para mirarla a los ojos—. Cada vez que te he hablado de amistad he cometido un error porque deberíamos estar hablando de amor, Lucy —añadió, besando sus pestañas mojadas—. Te quiero, Patita. Eres la persona más importante del mundo para mí. Eso tiene que ser amor, ¿no?

—Suena prometedor —asintió ella.

—Quiero protegerte a ti y a tu hijo.

—Nuestro hijo —lo corrigió Lucy, con una sonrisa trémula.

—Quiero hacerte feliz cada día. Quiero dormir contigo cada noche y desayunar contigo cada mañana.

—Eso suena como algo más que amistad —rió ella, acariciando su mentón—. Y yo lo sé bien porque te he querido durante tanto tiempo que no sé lo que es no quererte.

Will tomó su cara entre las manos, con los ojos brillantes de amor.

—¿Crees que podrías casarte conmigo?

Lucy sonrió, recordando un tiempo, muchos años atrás, cuando escribía obsesivamente en las páginas de su cuaderno: *Lucy Carruthers, la señora de Will Carruthers.*

—Me encantaría casarme contigo.

Will la apretó contra su pecho.

—No sabes lo feliz que me haces.

Y luego la besó, poniendo toda su felicidad, su amor y su alma en aquel beso. Y Lucy descubrió que un viejo garaje con goteras en el tejado era el sitio más romántico del mundo.

Capítulo 11

Su hijo decidió nacer en un frío día de invierno.

Will se había levantado muy temprano, al amanecer, para encender la chimenea del salón. Después de hacerlo volvió al dormitorio y sonrió al ver a Lucy dormida, su pelo rubio asomando por debajo del edredón.

Después de ponerse un viejo abrigo y unas botas salió para hacer la primera tarea del día: echarle un vistazo a las ovejas preñadas.

El sol era una pálida bola en el horizonte y la hierba bajo sus pies aún estaba cubierta de escarcha. La semana anterior había empezado a distribuir heno y a dar el pienso que guardaban en los silos a los animales.

Llevar una granja era un trabajo muy duro, pero le encantaba su nueva vida; le encantaba estar al aire libre, trabajando con los animales y la tierra.

Y, lo mejor de todo, le encantaba compartir todo eso con Lucy.

Su mujer era una enciclopedia en lo que se refería a las ovejas y muchas veces tenía que pedirle consejo, pero últimamente Lucy había estado despistada, pendiente de su embarazo.

Y eso era lo mejor de la vida. De todas las aventuras que había disfrutado, aquélla tenía que ser la más emocionante. Will no se cansaba nunca de ver el brillo de sus ojos, no se cansaba de verla tan feliz, de ver cómo el niño crecía cada mes y sentir que se movía cada vez más.

Habían convertido un antiguo dormitorio de invitados en el cuarto del bebé, con las paredes pintadas de amarillo y una preciosa cuna blanca.

Cualquier día llegaría el niño y serían una familia.

Por fin.

Aquella mañana, Will bajó varias balas de paja que extendió por el suelo para cuando pariesen las ovejas y después fue a ver a los terneros que habían nacido el día anterior.

Satisfecho al comprobar que estaban bien, volvió a la cocina para hacer el desayuno y cuando encontró a Lucy levantada su corazón dio un vuelco, como le pasaba cada mañana.

Llevaba una de sus viejos jerséis de la universidad, azul con rayas amarillas, sobre unos pantalones premamá.

—Hola —sonrió, abrazándola por detrás—. ¿Cómo está mi granjera favorita?

—Gorda, embarazada y en la cocina —rió ella, apoyando la cabeza en su pecho.

—Así es como más me gustas —dijo Will, buscando sus labios.

Pero cuando se sentaron a desayunar se sorprendió al ver que Lucy sólo tomaba una taza de té.

—¿No tienes hambre?

—Es sólo una precaución.

—¿Por qué?

—He estado teniendo contracciones.

Will estuvo a punto de atragantase.

—¿Y qué estamos haciendo aquí todavía? Tenemos que ir al hospital.

—No pasa nada, no hay prisa —sonrió Lucy—. Las contracciones son cada veinte minutos.

—¿Veinte minutos? —repitió Will—. ¿Cuántas has tenido?

—Empezaron alrededor de las cuatro de la mañana, pero no te preocupes, el niño puede tardar horas en llegar. Podría estar así todo el día.

—O no —dijo él—. Y tardaremos una hora en llegar al hospital.

¿Cómo podía estar tan tranquila? ¿Se había vuelto loca?

—Llamaré a mi ginecólogo cuando esté segura de que no son contracciones falsas…

Lucy no pudo terminar la frase. De repente, su expresión cambió por completo y se quedó muy quieta, respirando agitadamente…

—Vaya, ésa ha sido fuerte.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última? —preguntó Will, nervioso.

Ella miró su reloj.

—Sólo diez minutos, qué raro.

—Ya está, nos vamos ahora mismo —Will se levantó, pasándose una mano por la cara.

—¿Seguro que no quieres desayunar?

—No, venga, vámonos —la maleta de Lucy estaba hecha y al lado de la puerta—. Voy a guardarla en el coche, tú ve a ponerte el abrigo —dijo Will, agradeciendo que hubieran comprado un todoterreno el mes anterior.

—Es tan emocionante. El niño está a punto de llegar.

Sintiendo una oleada de emociones: amor por ella, pánico y deseo de protegerla, Will la tomó entre sus brazos.

—Te quiero tanto.

—Lo sé, cariño —dijo ella, tocando su cara.

Will la apretó contra su pecho, nervioso.

—Voy a llevarte al hospital a tiempo, te lo prometo.

Will conducía con el corazón en la garganta. A pesar de la aparente calma de Lucy, él sabía que las contracciones eran cada vez más fuertes y más próximas. Lo sabía por su expresión y por cómo se masajeaba el abdomen para soportar el dolor.

Ahora se maldecía a sí mismo por no haberlo planeado mejor. Will había querido que Lucy estuviera en la ciudad con su padre durante los últimos días, pero aunque ella había insistido en que estaba perfectamente no debería haberle hecho caso.

—Lo siento, en esta zona hay muchos baches —se disculpó cuando iban a cruzar el puente de Willow Creek.

—No pasa nada. Ahora mismo no tengo contracciones.

Pero acababan de atravesar el puente cuando Lucy lanzó un grito de dolor.

—¿Qué pasa?

Ella no podía contestar, demasiado ocupada respirando.

—Lucy…

—La primera no debería ir tan rápido.

Ya no parecía calmada. Tenía los ojos cerrados, el rostro contraído en una mueca de dolor y los puños apretados.

Aún les quedaban treinta minutos para llegar al hospital y Will se sentía impotente mientras pisaba el acelerador. Pero cuando tomó la última curva Lucy volvió a gritar y, nervioso, detuvo el coche en el arcén.

—Voy a llamar a una ambulancia —murmuró, sacando el móvil del bolsillo.

—Buena idea porque me parece que el niño… está dispuesto a nacer aquí.

Will, disimulando un gemido de angustia, intentó mantenerse sereno mientras hablaba con el hospital para darles los detalles y las indicaciones necesarias sobre su situación.

—La ambulancia está en camino —dijo luego, apretando su mano. Y Lucy asintió, intentando abrir la puerta del coche—. ¿Qué haces?

¿Se había vuelto loca?

Pero ella bajó del coche a toda prisa y cuando llegó a su lado la encontró apoyada en la puerta, jadeando furiosamente.

Will intentó ayudarla, pero Lucy lo apartó.

—No, no me toques.

Cuando los jadeos terminaron abrió los ojos. Parecía agotada y tenía la frente cubierta de sudor.

—Estando sentada me duele más. Creo que debería tumbarme en la parte de atrás.

—Sí, claro —Will la ayudó a subir de nuevo al todoterreno y la

dejó tumbada sobre el asiento.

—Lo siento, no pensé que pudiera venir tan rápido.

—Nuestro niño está deseando salir —intentó sonreír él—. Sabe que va a tener la mejor mamá del mundo.

—¿Tenemos alguna toalla por ahí?

—Sí, creo que sí…

—¿Puedes sacar la mantita del niño de la maleta?

¿La mantita del niño? ¿Para qué?

—Por si la ambulancia no llega a tiempo —dijo Lucy, como si hubiera leído sus pensamientos.

No, no, eso no podía pasar. Era imposible.

Cuando sacó de la maleta la toalla y la mantita, Lucy jadeaba de tal forma que estaba a punto de hiperventilar.

—¡Está llegando! Will, ayúdame, no puedo esperar más —gritó, intentando quitarse la ropa.

Dios santo, estaba ocurriendo. Aquél era el momento. Su hijo iba a nacer en medio de la carretera.

Durante los últimos nueve meses había imaginado el nacimiento de su hijo, pero siempre se había imaginado a sí mismo al lado de Lucy en un hospital, rodeados de médicos, con una bata verde.

Pero, para su sorpresa, en cuanto aceptó que no podía hacer nada al respecto, se tranquilizó un poco. El pánico seguía ahí, pero Lucy lo necesitaba y tenía que serenarse.

Antes de salir de casa había prometido protegerla y, aunque jamás habría soñado que pudiera pasar algo así, aquél era el momento de la verdad.

Podía hacerlo. Por ella y por su hijo.

—Muy bien. Patita, lo estás haciendo muy bien —murmuró, mientras colocaba una toalla sobre el asiento y la ayudaba a quitarse la ropa.

Lucy se limitó a lanzar un gruñido, agarrándose al asiento delantero mientras empezaba a empujar. Y poco después Will vio la cabeza del bebé.

—Buena chica —dijo él—. Nuestro bebé tiene el pelo oscuro.

—Voy a tener que seguir empujando, no puedo esperar más. Si puedes ver la cabeza del bebé, eso significa que puedo empujar sin hacerle daño.

—Dime qué debo hacer —murmuró Will, avergonzado al notar el miedo que había en su voz.

—Sujeta su cabeza… —Lucy no pudo seguir porque enseguida llegó otra contracción.

Centímetro a centímetro, el bebé empezó a salir.

—Lo estás haciendo estupendamente. Puedo ver las cejas, la nariz… ahora veo la boca. Está muy arrugado, pero es muy bonito… ya ha salido la cabeza, Lucy. ¿Qué hago ahora?

—Sujétalo —dijo ella, apretando los labios mientras empujaba con todas sus fuerzas.

Will vio emerger un hombro y luego otro y, unos minutos después, tenía a su hijo en brazos.

Lucy y él habían decidido no conocer el sexo del bebé, pero su corazón saltaba de alegría…

—Es un niño.

—¿Un niño? —ella abrió los ojos, con una sonrisa en los labios—. Tenía la impresión de que sería un niño, no sé por qué.

Will estaba tan emocionado que no podía hablar mientras colocaba al niño sobre el vientre de su madre. Su hijo tenía el pelo oscuro y movía los deditos como si estuviera agarrándose a la vida…

—Es precioso, ¿verdad?

—Parece un campeón —consiguió decir él—. ¿Tengo que hacer algo más? ¿Respira normalmente?

—Sí, creo que está bien —murmuró Lucy, acariciando la espalda del niño. Y, como para darle la razón, su hijo empezó a llorar.

—Ah, tiene buenos pulmones.

—Y una madre maravillosa —dijo él, mientras la ayudaba a envolver al niño en la mantita blanca.

Pronto oyeron el ulular de una sirena en la distancia y Will sintió que le quitaban un peso de los hombros.

—Ya están aquí. Gracias a Dios.

—He tenido toda la ayuda que necesitaba —sonrió Lucy, acariciando la cabeza del niño—. Gracias, Will.

A mediodía, Lucy estaba en una habitación del hospital de Willowbank, con su niño envuelto en una mantita azul a su lado.

Y rodeada de flores.

Tantas flores que se sentía como una celebridad.

—Es que eres una celebridad —dijo Gina—. Piensa en todos los corderitos, conejitos, caballos y gatos que has cuidado en Willowbank. Todo el mundo está encantado al saber que ahora tienes tu propio cachorrito.

—Y es tan precioso —dijo Mattie, acariciando con un dedo la mejilla de Nathan mientras miraba a su marido.

Lucy sonrió. Tenían una noticia que dar; una buena noticia, estaba segura.

—Mattie…

Su amiga sonrió.

—¿Sí?

—¿No estarás…?

—¡Sí! —exclamó Mattie, tomando la mano de su marido—. Estoy embarazada de tres meses.

—Y yo soy más feliz que nunca en toda mi vida —dijo Jake.

De repente, todo el mundo empezó a hacer preguntas y a dar palmaditas en la espalda.

—Es una noticia maravillosa —dijo Lucy, feliz en aquella habitación, rodeada de la gente más importante en el mundo para ella: Gina y Tom, Mattie y Jake… y Will, su querido Will. Y ahora el pequeño Nathan William Carruthers.

—Va a haber una nueva generación de la pandilla de Willow Creek —rió Tom.

Will le hizo un guiño a su mujer, que nunca le había parecido más bella. Y luego miró a sus amigos, maravillándose de sentirse tan feliz, tan completo.

Había sido una larga jornada hasta llegara aquel momento.

Pero, por fin, estaba en casa.

Fin